

NECROPOLIS PROTOHISTORICAS EN EXTREMADURA

Alonso RODRIGUEZ DIAZ¹
Juan Javier ENRIQUEZ NAVASCUES¹

RESUMEN

La Segunda Edad del Hierro en Extremadura comporta un fenómeno de discontinuidad cultural que se concreta en la "celtización" de la tradición orientalizante. Dicho fenómeno no implica un aislamiento de la región extremeña del Mundo Ibérico, pero sí cambios importantes en el poblamiento y las costumbres funerarias.

RESUME

La Seconde Age du Fer à Extremadure (Espagne) supporte un phénomène de rupture culturelle qu'on explique comme la "celtization" ou "continentalization" de la tradition orientalisante. Ce phénomène ne supporte pas un isolement du Monde Ibérique, mais si des changements importants au peuplement et les habitudes funéraires.

Dentro del desigual conocimiento que actualmente se posee de la protohistoria extremeña, el Mundo Funerario quizá sea uno de los aspectos peor conocido, aunque más insinuado y referido en la historiografía de esta región. El carácter descontextualizado de la mayor parte de los hallazgos, el reducido número de necrópolis excavadas y publicadas de forma adecuada, la falta casi total de estudios interdisciplinarios (antracológicos, paleoantropológicos, paleopatológicos, etc.) y la ausencia de estratigrafías amplias en los poblados que sirvan de puntos sólidos de referencia y contraste pueden ser considerados, entre otros, como los factores principales que resumen y condicionan a la vez el estado actual de la investigación de las necrópolis protohistóricas en Extremadura. Por tanto, resulta fácil comprender que todo ello dificulta en gran medida cualquier intento de trazar un panorama satisfactorio y coherente en este sentido.

¹ Universidad de Extremadura.

A pesar de estas limitaciones de partida, la información con que se cuenta en la actualidad permite al menos esbozar las pautas socioculturales dominantes en nuestra actual región durante el primer milenio a. C. y, más particularmente, en su segunda mitad. Pero, dada la amplitud geográfica de la región extremeña y consecuentemente la gran diversidad comarcal que comprende, hemos creído oportuno no perder de vista en dicha valoración, la personalidad y entidad que confieren a este territorio las cuencas medias del Tajo y Guadiana. Ambos ríos son, sin duda, las principales arterias fluviales que cruzan de Este a Oeste esta región y las que, a su vez, la dividen de Norte a Sur en lo que de una forma convencional se viene denominando Alta, Media y Baja Extremadura. La intercomunicación de estas unidades regionales y su relación con otras áreas geográficas más o menos alejadas han estado siempre garantizadas por un buen número de vados y caminos naturales (Alvarez Rojas y Gil Montes, 1988) que han hecho de este territorio un espacio abierto, participe en todo momento de los principales acontecimientos culturales de la prehistoria reciente del Suroeste peninsular y paso obligado en los intercambios entre la Meseta y Andalucía Occidental.

1. MANIFESTACIONES FUNERARIAS DURANTE LA EDAD DEL BRONCE Y EL PERIODO ORIENTALIZANTE

Si nos remontamos a la plena Edad del Bronce, nos encontramos con que muy poco o casi nada hay documentado de manera fehaciente, con excepción de alguna estructura relacionada constructivamente con fenómenos culturales anteriores, como la tumba circular de Guadajira (Hurtado Pérez, 1985), o los conjuntos de cistas publicados de la Baja Extremadura (Gil-Mascarell y otros, 1986), cuya problemática parece estar más en relación con una fase epicalcolítica que con un Bronce avanzado. Solamente las cistas de Valcorchero, cerca de Plasencia y al norte del Tajo, se han atribuido al Bronce Final (Almagro Gorbea, 1977: 153), a pesar de que sólo su pequeño tamaño y su situación cerca de los restos del hábitat de Valcorchero-Boquique pueden inducir a tal atribución, porque, como es sabido, nada se encontró en ellas. Junto a Valcorchero, puede apuntarse como indicio el contexto que proporcionó el llamado “Tesoro de Mérida” (Almagro Gorbea, 1977: 35; Harrison, 1977), que se ha considerado un enterramiento infantil y perteneciente a una niña, aunque lo cierto es que no se documentaron datos concluyentes al respecto.

Esta ausencia real de evidencias y la propia situación geográfica de la región permiten incluir a grandes rasgos la problemática funeraria del Bronce Final dentro de la región atlántica peninsular, aunque más en el sentido apuntado por Ruiz Gálvez (1987: 252) referente a que dicha ausencia no tiene porqué ser tomada “a priori” como un rasgo cultural representativo, que en el señalado recientemente, quizá de forma forzada, sobre la posibilidad de que ese dato negativo pueda constituir un rasgo cultural definidor (Escacena y otros, e.p.) De cualquier modo, la cuestión concreta del territorio extremeño encierra en su particularidad cierta complejidad si tenemos en cuenta la notable concentración que existe, sobre todo en la Sierra de Gata y en Las Hurdes, de estelas antropomorfas, de origen bastante antiguo (Bueno Ramírez, 1990); la fuerte implantación en todo el territorio de las estelas del Suroeste, con interesantes diferencias zonales (Celestino Pérez, 1990); al igual que la presencia de estelas antropomorfas junto a estelas del Suroeste en

puntos como Higuera la Real o Hernán Pérez, lugar éste además donde se habla de la asociación de estelas y cistas (Almagro, 1972).

Así, llama efectivamente la atención la numerosa presencia de estelas y la notable ausencia de vestigios funerarios claros, hecho este último que adquiere mayor consistencia, a pesar de la falta de prospecciones, si comprobamos cómo es un vacío que se comparte con áreas geográficas vecinas.

Sin embargo, queda planteada la tradicional suposición de que los enterramientos en cistas llegan hasta la Edad del Hierro en esta zona y el principal argumento para su defensa sólo se encuentra en imprecisas pervivencias y en los supuestos contextos funerarios atribuidos a las estelas antropomorfas y las denominadas del Suroeste, es decir, diademadas femeninas y de guerrero.

Sin entrar en la problemática específica de estas estelas, podemos recordar cómo para las antropomorfas ese carácter funerario asociado a inhumaciones en cistas ha sido defendido en muy diferentes ocasiones (Almagro, 1972; Almagro Gorbea, 1977: 199 y ss.; Sevillano, 1982; Bueno Ramírez, 1990), con argumentos que se basan más que en otra cosa en los indicios y noticias recogidas de hallazgos. Muy similar es el caso de las estelas de guerrero, que sin embargo ponen de manifiesto ya otra serie de vínculos culturales de muy diferente origen, en función de los cuales podemos adentrarnos ya en la etapa protohistórica. Pero conviene no olvidar al menos dos cuestiones. Una que el carácter funerario de las estelas de guerrero ha sido argumentado, y con solidez, desde el punto de vista formal y conceptual, pero todavía ninguna ha sido hallada asociada con claridad a tumbas. Los casos de Solana de Cabañas o Granja de Céspedes, por ejemplo, son sólo indicios poco elocuentes (Almagro, 1966: 27 y 105). Por otro lado, las posturas interpretativas que se barajan en cuanto a su filiación cultural van desde un atlantismo precolonial (Barceló, 1989) hasta una vinculación con el mundo egeo (Bendala Galán, 1977), pasando por reivindicaciones indoeuropeístas (Curado, 1984) o posiciones eclécticas (Almagro Gorbea, 1977). Hay además quienes plantean otras alternativas a su carácter funerario, como por ejemplo que se trata de demarcaciones territoriales (Ruiz Gálvez, 1989: 52).

Esas posturas interpretativas referentes a las estelas de guerrero resumen de algún modo los problemas de definición cultural que el Bronce Final extremeño tiene planteados en su paulatina evolución hacia el Período Orientalizante. Ahora bien, si aceptamos el carácter funerario de las estelas de guerrero, no está de más recordar cómo se ha insistido recientemente en una serie de detalles sobre los soportes pétreos de las mismas (Celestino Pérez, 1990: 55), los cuales permiten distinguir por un lado las más simples y sencillas, concebidas en cuanto al soporte de tal forma que bien podrían haber servido como tapaderas; y por otro, las más complejas con figura humana, que ofrecen ya una nueva concepción del soporte, preparado para hincar la piedra en la tierra. Ello no parece ajeno a la dispersión geográfica NW-SE de los diferentes tipos de ellas ni a una corta evolución en el contenido simbólico, cada vez más enriquecido por la creciente presencia de elementos conceptuales mediterráneo orientales. Afirmar, sin embargo, que las estelas más simples y antiguas de Gata y Montánchez van asociadas a enterramientos en cistas y que poco

más tarde con las más complejas se ha introducido el rito de la incineración, con el personaje enterrado representado junto a sus atributos simbólicos, es algo que aunque plausible todavía necesita de confirmación. A pesar de ello, esta interpretación explicaría la paulatina orientalización de estas jefaturas locales, que terminarían por adoptar nuevas pautas de comportamiento social y religioso abandonando así las antiguas manifestaciones funerarias.

Sea como fuere, las estelas sólo se referirían, en el caso de ser efectivamente monumentos funerarios, a determinados personajes de cierta relevancia social a nivel localista y de esta forma carecemos todavía de conocimientos referentes a las costumbres funerarias de buena parte la población.

Coincidiendo de manera aproximada con la desaparición de las estelas de guerrero, el Período Orientalizante extremeño afianza su proceso aculturador con la adopción de nuevas pautas sociales, económicas, religiosas, etc. que diversos análisis han puesto de relieve en sus aspectos esenciales (Almagro Gorbea, 1990a: 106 y ss.) En el ámbito funerario, el estudio ya clásico de Almagro Gorbea (1977) sobre la necrópolis de Medellín, donde nuevas campañas se han llevado a cabo durante los últimos años, permite documentar la implantación de rituales relacionados con la cremación del cadáver además de ciertos aspectos ceremoniales, como cánticos que se desprenden de la presencia de elementos musicales (crótalos), banquetes, ofrendas, algunas importaciones (la famosa kilyx), etc., que marcan una nueva personalidad muy influida por los impulsos orientalizantes del mediodía peninsular. Otros hallazgos fuera de contexto pero en clara conexión con ceremonias religiosas o rituales funerarios como jarros, braserillos, figuras de deidades, etc. redundan en ese carácter orientalizante, cuyas particularidades sin embargo son también dignas de consideración dentro de ese desigual trasfondo cultural tartésico orientalizante (Fig. 1).

Algunos recientes hallazgos de necrópolis vienen a incidir en esa desigualdad de formas y tal vez de fondos, es decir, en una heterogeneidad que en absoluto es extraña a todo el área geográfica tartésico-orientalizante (Ruiz Delgado, 1989). Pero sigue siendo poco lo documentado y Medellín continúa como punto de referencia fundamental. Para esta necrópolis se han señalado muy recientemente dos grandes fases perfectamente diferenciables tanto a nivel ritual como tipológico (Lorrio Alvarado, 1988-89: 308), con una cronología entre la mitad del siglo VII a. C. y la mitad del V a. C.

A nivel ritual, la Fase I (antiguas fases 1 y 2) se caracteriza por la deposición de las urnas con las cenizas del cadáver en un hoyo, a veces sin señalización y otras cubierto por un enchado más o menos simple. Por contra, la Fase II (antiguas (fases 3 y 4) atestigua la incineración del cadáver en fosa donde previamente se depositaron vasos de ofrendas, siendo dudosa, aunque no descartable, la presencia de *silicernia* (Lorrio Alvarado, 1988-89: 309). A nivel de la tipología de los materiales arqueológicos, se señalan también diferencias significativas para ambas fases, cuyo límite final e inicial respectivamente parece estar en el segundo cuarto del siglo VI a. C.

Pero además de Medellín, restos procedentes de necrópolis se conocen en Mengabril (Almagro Gorbea, 1977: 280), desembocadura del río Aljucón (Enríquez y Domínguez, 1990), don-

de se excavaron seis tumbas en hoyo y una posible ofrenda relacionables en cuanto al ritual y a la tipología de los materiales con la Fase I de Medellín (Fig. 2), e indicios en Campo Viejo (Domínguez de la Concha, 1985), Navalvillar de Pela, Orellana la Vieja, Usagre, Villanueva de la Vera y otros puntos con mayor o menor claridad (Enríquez Navascués, e.p.) Aunque el conocimiento de estos lugares es muy parcial, se desprenden de los pocos datos conocidos algunos matices y diferencias a priori importantes.

A nivel teórico, podríamos señalar en primer lugar la más que probable existencia, en determinadas zonas, de tumbas pertenecientes a grandes jerarcas del ámbito rural, quizá continuadores de las tradiciones aristocráticas del Bronce Final. Tal puede que sea el caso de Aliseda y también de Valdegamas y de los vestigios recogidos no hace mucho en Villanueva de la Vera. Por otra parte, habría que individualizar las necrópolis como Medellín, Navalvillar de Pela o Alcocer do Sal en Portugal, asociadas a castros orientalizados enclavados en puntos estratégicos, con una cierta homogeneidad de tumbas y ajuares que contrasta abiertamente con las anteriores (Almagro Gorbea, 1990: 106). En otro nivel, estarán necrópolis más pequeñas que corresponden a poblados de menor envergadura, situados en áreas de excelente capacidad agrícola y de apoyo viario: Aljucén, Mengabril y Gargáligas.

Esta sucinta y precaria división, que por supuesto necesitaría contar con información complementaria proveniente de los poblados, significa cuanto menos la convivencia de distintos grupos sociales con diferentes matices culturales dentro del territorio extremeño. Grupos que en lo funerario coinciden en su carácter global orientalizante, pero sin duda con distintos niveles y con desigual intensidad. El Guadiana aparece así con una notable dispersión de elementos rituales, religiosos y funerarios de corte orientalizante, pero lo que vemos en el Tajo son elementos más elitistas, que debieron dejar una impronta considerable si nos atenemos a sus pervivencias o la presencia de complejos como el Torrejón de Abajo (García-Hoz y Alvarez Rojas, e.p.) En realidad es todavía muy corta la documentación y es difícil buscar respuesta a cuestiones ya planteadas para otras áreas geográficas, como la posible inmigración de gentes o el alcance real y efectivo de lo orientalizante en todas las capas y grupos sociales (González Wagner, 1983: 24; Escacena Carrasco, 1989: 467). Pero hoy por hoy es lo que está al alcance del registro arqueológico funerario.

En otro orden de cosas, cabe apuntar aquí, en el paso entre el final del Período Orientalizante y los inicios de la Segunda Edad del Hierro, cómo, pese a lo expresado por algunos estudiosos, de momento ninguna tumba o ajuar verdaderamente funerario se ha localizado en el complejo de Cancho Roano en Zalamea de la Serena (Maluquer, 1981; Maluquer y otros, 1986). Diluyéndose, por tanto, cada vez más el carácter funerario de los alrededores del edificio principal, los más recientes descubrimientos (Celestino y Jiménez, e.p.) reafirman este conjunto, en su última fase, como escenario de ceremonias y ofrendas rituales con un gran contenido simbólico que, a su vez, le convierten en un centro difusor de ideas y comportamientos de primer orden (Almagro Gorbea y Domínguez, 1988-89; Almagro Gorbea, Domínguez y López, 1990). No obstante y a pesar de todos estos sugerentes avances, hemos de admitir que aún estamos lejos de conocer la verdadera estructura interna de estas sociedades.

Finalmente, toda esta tradición de corte orientalizante parece que se diluye en gran medida durante la Segunda Edad del Hierro, si bien resulta innegable la perduración en las poblaciones autóctonas de un trasfondo cultural notable. Dichas perduraciones pueden confirmarse plenamente a partir del siglo V a. C. en aspectos tecnológicos y artesanales sobre todo, como ocurre con la orfebrería, algunos bronceos, etc. (Almagro Gorbea, 1985), pero en otras cuestiones como la religión, ritos funerarios e incluso ideología no está claro aún hasta qué punto puede hablarse de una verdadera simbiosis con los nuevos elementos que personalizan la Segunda Edad del Hierro.

Cierto es que la incineración y ciertos detalles con ella relacionada enseguida veremos cómo se atestiguan también en las necrópolis más directamente prerromanas, pero la propia naturaleza de los ajuares, la organización interna de las necrópolis y el contexto social que se intuye a través de todo ello parecen indicar esa apuntada pérdida de importancia, que de todos modos no quiere decir desaparición.

2. LA MUERTE EN EL MARCO DE LAS NUEVAS RELACIONES CULTURALES DE LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

Como es bien sabido, el fin de Tartessos supuso un duro golpe a las relaciones entre el Suroeste y Extremadura, si bien nunca llegarían a desaparecer. Según se desprende de un número cada vez mayor de testimonios (Almagro Gorbea y Lorrio Alvarado, 1987), la situación de crisis e incertidumbre generada por el fin de la hegemonía tartésica debió favorecer, a partir de los siglos V-IV a. C., la proyección de ciertos pueblos de La Meseta hacia el Sur. Estos, sin pretenderlo, provocarían, en su búsqueda de materias primas hasta entonces poco explotadas en nuestra región (hierro, plomo y pastos), el resurgir de este espacio geográfico que incluso llegaría a formar parte de la llamada “Beturia Céltica” (Plinio, N.H., 13-15; Strabón, III, 1, 6). Culturalmente, estos hechos supusieron el fenómeno opuesto al que por entonces se gestaba en la mayor parte de la periferia peninsular: la iberización. En Extremadura, aunque sin mantener una cerrazón total al Mundo Ibérico y con notables matices interregionales, se impondría lo que habitualmente venimos definiendo como “celtización” o “continentalización” del pasado orientalizante. En líneas generales, podemos señalar que este nuevo marco de relaciones culturales que tiene como escenario Extremadura durante el Hierro II se tradujo arqueológicamente en dos hechos principales: 1) la proliferación de los -castros como células esenciales de un nuevo patrón de asentamiento; y 2) la convivencia de elementos de clara raigambre meseteña y meridionales en sentido amplio, junto a los exponentes de una tradición orientalizante muy atenuada y reinterpretada (Rodríguez Díaz, 1990). En consecuencia, todo ello convierte de alguna manera a nuestra región en una especie de marca fronteriza en la concepción actual de las grandes áreas de la Cultura Ibérica (Domínguez Monedero, 1983; AA.VV., 1987).

En este sentido, las Fuentes nos informan que, a la llegada de los romanos, este territorio y sus zonas limítrofes estaban habitadas por vettones, célticos y túrdulos o turdetanos (Cardoso, 1968; García Iglesias, 1971; Maia, 1985; Fernández Ochoa, 1987; Hernández y otros, 1989). A pesar de los notables resultados que, sobre todo en los últimos años, está proporcionando

la excavación de un buen número de asentamientos de estos pueblos prerromanos, aún son importantes las incógnitas por resolver en torno a su economía, evolución e identificación arqueológica. Pero si dificultades muestra la investigación de las formas de vida de dichos pueblos, no menos problemas plantea el estudio de sus costumbres funerarias debido al bajo número de necrópolis documentadas. Así, frente al más del centenar de poblados registrado en nuestra región, contrastan los trece cementerios recogidos en la Fig. 3, de los cuales, tan solo cuatro han sido o son objeto de excavación.

2.1. LAS NECROPOLIS DEL VALLE MEDIO DEL TAJO

En la Extremadura Alta y Media y en un contexto lusitano-vetton, particular atención merecen los hallazgos de El Cardenillo y Los Pajares -comarca de La Vera- (González Cordero y otros, 1990), Alcántara (Esteban Ortega y otros, 1988) y las necrópolis en fase de excavación pero escasamente divulgadas de Botija -El Mercadillo y El Romazal- (Hernández Hernández, e.p.) y La Coraja de Aldeacentenera (Redondo Rodríguez, 1987), al sur del Tajo. A éstas hay que añadir las referencias de los autores citados a las necrópolis de Portaje, Alconétar, Casar de Cáceres y Santa Cruz de la Sierra, conocidas a través de indicios superficiales. Todas ellas se localizan en suaves elevaciones o pequeñas planicies muy próximas a los castros, quedando garantizada en la práctica totalidad de los casos la intervisibilidad "poblado-necrópolis". La distancia media entre ambos puntos gira en torno a los 200-300 m., si bien hay ejemplos como el de El Romazal (Botija) que alcanza los 1.000 m. y su control visual sólo se consigue desde la cima del poblado.

En relación al ritual funerario practicado en estos lugares, hemos de señalar que en todos ellos se ha podido constatar un dominio absoluto de la cremación más o menos consumada de los cadáveres. Esta se supone que debía realizarse en *ustrinum*, ya que hasta el momento no se ha documentado ninguno. Esta circunstancia, que no es exclusiva de esta zona, ha llevado a algunos autores a plantear la posibilidad de que la cremación fuese realizada en algún lugar especialmente dispuesto para ello y no muy alejado del poblado. Sea como fuere, lo cierto es que se trata globalmente de enterramientos de carácter secundario, puesto que una vez concluida la cremación del difunto junto con su ajuar los restos óseos resultantes eran recogidos cuidadosamente e introducidos en un recipiente cerámico o simplemente envueltos en un paño y depositados finalmente en un hoyo (*loculus*), practicado en el suelo natural de la necrópolis. La forma de la sepultura, composición y tratamiento del ajuar generaron una diversidad tipológica de tumbas que parece estar en clara conexión con aspectos sociales y etnoculturales que trataremos más adelante.

Asimismo, resulta un hecho común en la organización interna de las necrópolis del Tajo Medio la distribución irregular de las tumbas, aunque es evidente la tendencia a formar concentraciones y posibles círculos funerarios. En este sentido, en Los Pajares se habla de una posible agrupación de 10 enterramientos en unos 12 m²; en Alcántara se especifica la existencia de dos zonas (A y B) con 14 y 1 sepulturas respectivamente; en La Coraja de Aldeacentenera se advierten espacios de desigual densidad de enterramientos "dentro de la desorganización interna de la necrópolis"; y, por último, en los dos cementerios de Botija se distinguen varios conjuntos de tum-

bas “separados entre sí por espacios o zonas estériles”. Todo parece indicar que, tal como ocurre en el ámbito de Las Cogotas (Cabré Aguiló, 1932; Cabré y otros, 1950; Fernández Gómez, 1986), estas concentraciones de tumbas constituyen auténticos círculos funerarios que muy bien podrían estar en relación directa con el tipo de organización gentilicia que, según otros testimonios (Albertos Firmat, 1975; Salinas de Frías, 1986; Redondo Rodríguez, 1985), definió a estas comunidades. Los primeros estudios paleoantropológicos que se han llevado a cabo en una de las necrópolis de Botija (El Mercadillo) (Hernández Hernández, e.p.) parecen vislumbrar posibles vínculos de parentesco entre algunas de las tumbas que componen los referidos grupos, al detectar en uno de ellos una posible relación maternofilial entre dos sepulturas infantiles y una tercera perteneciente a una mujer de unos 20-30 años.

También la tipología de las sepulturas es bastante homogénea en los conjuntos funerarios que nos ocupan. En este sentido, se observa un claro predominio de la cremación en urna depositada en un hoyo, o en un simple rebaje del suelo natural, sin apenas protección. Como es fácil suponer, resultan relativamente numerosas las variantes de este modelo de enterramiento en función de la existencia o no de acañamientos de piedra, de revestimientos del hoyo, de la naturaleza pétreo o cerámica de la tapa de la urna, etc. Por otro lado, la presencia de pequeñas construcciones tumulares sólo se ha atestiguado hasta el momento en El Mercadillo (Botija) y de un modo impreciso en Aldeacentenera. En el caso de Botija, se trata de pequeñas estructuras, de planta cuadrada, circular, semicircular o simplemente irregular y dimensiones variables. Las de mayores proporciones oscilan entre los 2,10 x 1,40 m. y 1,70 x 1,60 m. y las más pequeñas se sitúan entre los 0,90 x 0,80 m. y 1,20 x 0,65 m. Hasta el momento, se han excavado siete construcciones tumulares que han proporcionado un total de nueve enterramientos, ya que las estructuras mayores acogían sepulturas dobles. Son precisamente estas tumbas de cubierta tumular las que generan la concentración funeraria principal de esta necrópolis, si bien también podrían estar asociadas a ellas algunas sepulturas en hoyo. En la necrópolis de El Romazal, asociada igualmente al castro de Botija, se observa la existencia de un número importante de tumbas cuya protección se completa con lajas de pizarras colocadas verticalmente que pudieron servir de señalización de las mismas. Por último, en Aldeacentenera se alude a posibles cubriciones de aspecto tumular, hoy totalmente arrasadas, sobre sepulturas de hoyo con urna cineraria.

Finalmente, nos ocuparemos de los diversos elementos que suelen componer los ajuares funerarios de estas necrópolis. Cuando existen, como dejamos entrever anteriormente, suelen incluirse en la pira funeraria junto al cadáver y con posterioridad, ya en el *loculus*, se depositan preferentemente alrededor de la urna cineraria como cualquier otra ofrenda. Un análisis de estas exequias, por somero que sea, nos obliga a contemplar, en función de su propia composición y naturaleza, varios subapartados: la cerámica, las armas y los objetos de adorno y de uso personal. Dentro de la cerámica, hemos de advertir, en principio, que mayoritariamente está realizada a torno y que la calidad de sus pastas varía según la especie o tipo en cuestión. Sin embargo, especial interés revisten los hallazgos de cerámica modelada con decoración a peine de Los Pajares. Dichos hallazgos reproducen tanto tipológica como estilísticamente las principales formas y motivos decorativos establecidos por Cabré en los conjuntos de Las Cogotas y La Osera (zona VI) y posteriormente documentados en gran parte de la Meseta Norte (Hernández Hernández, 1981;

García-Soto y De la Rosa, 1990). Los motivos decorativos impresos, incisos o aplicados, aunque propios también de este ámbito cultural, resultan muy escasos en las necrópolis del Tajo Medio y sólo conocemos la referencia de su existencia en algunas urnas de Aldeacentenera (Redondo Rodríguez, 1987). Por su parte y como quedó dicho antes, la cerámica a torno muestra, con las salvedades mencionadas, una mediana calidad técnica y un claro predominio de la cocción oxidante. Es por ello por lo que estas cerámicas presentan, aunque en distintos tonos, un aspecto externo rojizo-anarajando. La morfología de dichos recipientes se corresponde, en líneas generales, con perfiles globulares de borde vuelto y pie indicado, vasos de perfil en S, cuencos, platos, caliciformes, vasijas troncocónicas de pie realzado, pequeños vasitos de ofrendas, etc. (Fig. 4).

Un alto porcentaje de estos recipientes carecen de decoración, pero cuando existe se concreta en la aplicación de dos técnicas decorativas de muy distinto signo cultural: la estampillada y la pintada. A partir de la primera de ellas se reproducen los motivos propios del mundo cogoteño: pequeñas rosetas y reticulados, series de SSS y EEE, oquedades, etc. Su presencia está atestiguada en Aldea centenera y especialmente en Los Pajares, donde además destaca una composición de antropomorfos en posible actitud de danza. Por su parte, la decoración pintada nos muestra el reiterado repertorio de geometrismos (bandas de diferente espesor, círculos y semicírculos concéntricos, aguas...) que personaliza y define en un sentido amplio los conjuntos vasculares prerromanos del sur peninsular (Escacena Carrasco, 1986). En relación con esta serie cerámica, habríamos de poner el cada vez más numeroso grupo de vasitos bitroncocónicos de barniz rojo tardío, identificados con la forma 4 de Cuadrado (1969), que constituyen parte importante de las ofrendas en estas necrópolis. Dichos tipos cerámicos proliferan particularmente en las necrópolis situadas al sur del Tajo (Aldeacentenera y El Mercadillo de Botija), apenas están representados en Alcántara y no se conocen de momento en Los Pajares. Otras especies cerámicas, como las grises y toscas, apenas son referidas en los trabajos publicados sobre estos conjuntos funerarios y, entre los productos importados, hemos de destacar la presencia de varios fragmentos áticos en las sepulturas 1 y 7 de Alcántara (posiblemente imitaciones, según los autores) y diversas copas campanienses en algunas tumbas de El Romazal todavía inéditas.

Un lugar importante en el estudio de los ajuares recuperados en estas necrópolis de la zona norte de Extremadura lo ocupan las armas. Ni que decir tiene que de su estudio cuantitativo y cualitativo pueden extraerse sugerentes valoraciones socioculturales. No obstante, hemos de reconocer de entrada que, salvo contadas excepciones, estas cuestiones han de ser consideradas en algunos de los yacimientos que nos ocupan con suma prudencia, debido, entre otras razones, al carácter tan reducido e insuficiente de los muestreos documentados. A pesar de todo ello, estamos en condiciones de confirmar el registro de una presencia notable de piezas relacionadas con el armamento en las necrópolis del Valle Medio del Tajo. Quizá la mejor muestra de todo ello la ofrezca actualmente el conjunto "Mercadillo-Romazal" asociado al castro de Botija. Si en El Mercadillo las armas se restringen a algunos cuchillos afalcatados, puntas de lanza y regatones, en El Romazal se ha estimado, sobre un total de 183 tumbas excavadas, que el 14,20 por 100 de los enterramientos presenta algún tipo de arma. Su excavadora, la Dra. Hernández, considera la panoplia más frecuente la compuesta por un puñal o espada y dos puntas de lanza. Entre dichos hallazgos, sobresalen dos espadas de La Téne, una de antenas atrofiadas y varios puñales biglo-

bulares. Como es lógico, a todo ello hay que sumar las ya referidas puntas de lanza, cuchillos afalcatados, regatones y algunos restos de escudos y arreos de caballo. Resulta innecesario advertir que este conjunto de armas encajaría perfectamente en cualquier ajuar de los considerados de guerrero de cualquier necrópolis del ámbito de Cogotas II o de la llamada Cultura del Tajo (Schüle, 1969). Desde esta perspectiva sociocultural, dichas relaciones con La Meseta quedan también plasmadas en las dos espadas de antenas atrofiadas (tipos Aguilar de Anguita y Alcocer do Sal) y una espada de frontón (muy mal conservada) procedentes de Alcántara (Fig. 4). Fuera de esa órbita de contactos culturales, pero en consonancia con la relativa abundancia de cerámica pintada recuperada en Botija (Hernández Hernández, e.p.) y Aldeacentera (Rivero de la Higuera, 1974; Redondo Rodríguez, 1987) y con la fluidez de relaciones entre el Valle Medio del Tajo y la periferia peninsular, hay que valorar el hallazgo de dos falcatas y un *soliferreum* en la necrópolis de Aldeacentenera y muy probablemente el de otras dos falcatas depositadas en el Museo Arqueológico de Badajoz, publicadas hace ya algún tiempo por uno de nosotros (Enríquez Navascués, 1981).

En lo concerniente a los objetos de adorno y de uso personal de las necrópolis altoextremeñas, hay que significar que son tan variados como en el resto de la Península Ibérica. En su mayoría, debieron formar parte del atuendo con el que, con un cierto carácter de exaltación o de simple acicalamiento, fue incinerado el cadáver. Básicamente, este grupo lo componen las fibulas (anulares y de La Téne en sus distintas versiones), pequeños brazaletes de bronce como los aparecidos en Los Pajares y Aldeacentenera, anillos y cuentas de collar (Botija) o pequeñas arracadas de oro (Botija y Aldeacentenera) en las que aún pueden apreciarse las últimas resonancias de la orfebrería orientalizante. Quizá, en este mismo sentido haya que valorar la arracada de Villanueva de la Vera, todavía inédita.

Una primera valoración de carácter sociocultural de las necrópolis prerromanas del Valle Medio del Tajo nos pone, a grandes rasgos, en relación con comunidades de clara filiación meseteña y de diferente entidad en cuanto a su composición numérica. Estas, a juzgar por las diversas concentraciones funerarias detectadas en las referidas necrópolis, parecen articularse en un número aún indeterminado de grupos de posible carácter suprafamiliar (gentilidades) y escasamente jerarquizados entre sí. En este sentido, podemos precisar que en estos que podemos considerar auténticos círculos funerarios sólo destacan discretamente ciertos individuos enterrados con algunas armas o piezas de caballería. No es difícil comprender que la falta de excavaciones sistemáticas que proporcionen un mayor volumen informativo al respecto impide por el momento concretar más la verdadera entidad y significación social de estos individuos en el conjunto de estas comunidades. No obstante y a pesar de estas limitaciones importantes, ya se han esbozado en este ámbito algunos intentos que tratan de reconstruir la estructura social reflejada en la necrópolis de El Romazal (Botija). Según la Dra. Hernández (e.p.), directora de los trabajos, el 33,87 por 100 de las 183 tumbas excavadas posee ajuar, resultando por tanto un 66,13 por 100 el porcentaje de las sepulturas sin ningún tipo de ajuar.

Una mayor aproximación al primer grupo, el de las tumbas con ajuar, revela que el 14,20 por 100 del total de los enterramientos posee algún tipo de arma; el 19,67 por 100 posee elementos de adorno o uso personal y el ya citado 66,13 por 100 carece de cualquier pieza complementaria u ofrenda (Gráf. 1). Aún siendo conscientes de que estos valores han de ser objeto de un estudio más pormenorizado en función de multitud de aspectos correctores (distribución de piezas concretas por sexo y edad, mayor valoración cualitativa de los ajuares, determinación del número de elementos por tumba, de la posible gradación del concepto de riqueza, etc.), su primera lectura nos revela ciertos detalles de interés. Entre éstos, quizá sobresalga el referido al 14,20 por 100 de las tumbas con armamento y consecuentemente ligado a ese posible primer escalafón social, de carácter guerrero, que controlaría en buena medida los destinos de la comunidad. Dicho porcentaje contrasta abiertamente con el 3 por 100 de tumbas con armas que Kurtz (1987) ha determinado en la necrópolis de Las Cogotas, área nuclear del horizonte cultural que lleva el mismo nombre. Mayor consonancia, en cambio parece mostrar el valor de Botija con los establecidos en el Valle Alto del Duero, donde destacan necrópolis como Ucero y La Mercadera (García Soto, 1990; Lorrio Alvarado, 1990) con valores relativos a las tumbas con armamento que oscilan entre 11 y 37 por 100. Por otro lado la elevada proporción de tumbas sin ajuar que ofrece Botija (66,13 por 100) parece estar más en correlación con los datos obtenidos en Las Cogotas (Kurtz, 1987; Martín Valls, 1985 y 1986-87) o Aguilar de Anguita (Lorrio Alvarado, 1990: nota 77) que en el Alto Duero. Aunque todos estos datos no deben considerarse más que con carácter indicativo y necesariamente han de supeditarse a futuras investigaciones, se nos antoja de particular interés en éstas, el profundizar aún más en el análisis cualitativo de las relaciones del núcleo vetón con las áreas vecinas y, más concretamente, en la vertiente de los mecanismos sociales utilizados. En suma, tratar de vislumbrar el verdadero carácter de la proyección y difusión cultural de Cogotas II y la identidad social de sus auténticos protagonistas.

Pero aparte de los aspectos sociales que a través de estas necrópolis puedan inferirse, no menos sugerentes resultan las relaciones culturales que tumbas y ajuares puedan reportarnos. La valoración estrictamente cultural de estos elementos nos pone en relación de forma inequívoca y mayoritaria con el círculo cultural de Cogotas II. En este sentido, consideramos innecesario insistir en la amplia difusión y tradición que poseen los tipos de tumbas altoextremeños (con o sin cubierta tumular) en la Meseta tanto en su sector occidental (Blasco Bosqued, 1987 y 1989; Cabré, 1932; Cabré y otros, 1950, etc.) como oriental (García de la Huerta y Antona del Val, 1986; García-Soto, 1988; Cerdeño, 1981, etc.). Mayores evidencias en este sentido ofrecen, como ya quedó reflejado anteriormente, los ajuares. Estos se componen por vasijas, armas y objetos de adorno que encuentran sus mejores réplicas en las más emblemáticas necrópolis del núcleo vetón: Las Cogotas, La Osera y El Raso de Candeleda. No obstante, en las necrópolis situadas al sur del Tajo (Botija y Aldeacen tenera) se hace notar una mayor presencia de elementos meridionales e ibéricos (cerámicas pintadas, de barniz rojo tardío y falcatas), producto casi seguramente de intercambios comerciales, que introducen importantes matices diferenciadores respecto a la dinámica observada en la Alta Extremadura propiamente dicha y que, en definitiva, nos muestra una evidencia inequívoca del carácter no retardatario de esta región y su capacidad reinterpretativa de elementos de tan diverso signo.

2.2. LAS NECROPOLIS DEL VALLE MEDIO DEL GUADIANA

En la Baja Extremadura, el problema de la escasez informativa es mucho más agudo que en el Tajo Medio. Aunque se conocen varios puntos relacionados con actividades funerarias (Los Vadillos, Peñón del Pez y La Pepina) (Rodríguez Díaz, 1989), sólo uno está siendo excavado de forma sistemática: Hornachuelos. Como sucede en la provincia de Cáceres, la necrópolis de Hornachuelos, se localiza sobre una suave elevación de algo más de 200 m. de eje máximo muy próxima al poblado (concretamente, a poco más de 300 m. al E). Aunque se han documentado recientemente algunas inhumaciones de cronología incierta, dominan las cremaciones. Estas son en su mayoría de carácter secundario y se realizaron en *ustrina*, consistentes en fosas excavadas en la roca cuyas dimensiones giran en torno a 1,60-1,70 m. de longitud, 0,65-0,70 m. de anchura y 0,20-0,40 m. de profundidad. El número de cremaciones primarias es bastante más reducido y se corresponde con las que denominamos “incineraciones in situ” y algunas sepulturas de cubierta tumular. Los últimos trabajos realizados en 1989 revelaron un número importante de manchas de cenizas, que asociamos a posibles fuegos u ofrendas, y signos evidentes en ciertas sepulturas de la realización de comidas rituales que de momento, junto a los citados fuegos, se nos muestran como los principales complementos de la propia acción de cremar al difunto.

A pesar de que la superficie excavada es aún muy reducida (algo menos de 900 m²) y los límites de la necrópolis tampoco han sido determinados, el espacio estudiado nos ha reportado un total de 60 sepulturas de distinta cronología y, sobre todo, interesantes datos acerca de su organización interna (Fig. 5). Esta parece concretarse en la concentración de tumbas de muy diverso tipo en torno a grandes construcciones tumulares de planta cuadrada, rectangular o circular. Hasta el momento, hemos detectado cuatro posibles círculos funerarios surgidos alrededor de los túmulos que, conforme a nuestro registro particular, hemos identificado con las signaturas T4, T5, T6 y T7. Globalmente dichas estructuras tumulares agrupan en torno a ellas 45 de los 60 enterramientos documentados y reportan una cronología aproximada entre finales del siglo III a. C. y el cambio de Era; el resto son de época altoimperial romana y no parecen de momento integrarse en agrupaciones o responder a un plan de ordenación previa de este espacio. Una última unidad estratigráfica está representada por una superficie bastante amplia, situada hoy junto al perfil sur del área estudiada, excavada en la roca y completamente colmata de cenizas y piedras de diverso tamaño que por ahora interpretamos como posible cenicero o basurero de la necrópolis.

Precisando más estas cuestiones, podemos señalar que en torno a y sobre cada una de las construcciones T4 y T5 se disponen un total de 18 tumbas y tan sólo 4 se asocian a T6 y T7. Aunque aún carecemos de análisis paleoantropológicos de estos enterramientos que, como en el caso de Botija, pudieran reportarnos posibles relaciones de parentesco, todo parece apuntar nuevamente hacia la posibilidad de que las concentraciones funerarias detectadas en Hornachuelos constituyan el reflejo de las fórmulas de organización social utilizadas por estas comunidades del Guadiana Medio. Del mismo modo, aunque es pronto para asegurarlo con rotundidad debido al reducido número de enterramientos excavados y al desconocimiento de los límites reales de la necrópolis, no descartamos la posibilidad de que la concentración tumular documentada estuviese, a su vez, integrada en un sector u otra unidad de organización espacial mayor. Sea como fue-

re, lo cierto es que dentro de la aparente desorganización del lugar se advierte una vez más la tendencia a crear concentraciones o círculos funerarios surgidos alrededor de la entidad y posible jerarquía simbolizadas en los referidos monumentos tumulares, en unas ocasiones auténticas sepulturas y en otras posibles cenotafios erigidos a personajes relevantes o a una simple idea (Rodríguez Díaz, e.p.)

De los diferentes tipos de tumbas excavados son, sin duda, estas construcciones tumulares las que ofrecen mayor interés, si bien las reconocidas como T6 y T7 aún no han sido documentadas en su totalidad. La estructura tumular (T4) se configuró, según los resultados obtenidos en un sondeo realizado en 1986, por una doble planta rectangular escalonada, orientada de E. a W., que añadidos y derrumbes posteriores fueron desdibujando. Las dimensiones del cuerpo inferior, el de mayor tamaño, son de algo más de 7 m. de longitud y 5 m. de anchura. Su construcción se llevó a cabo sin ningún tipo de preparación previa del terreno y básicamente consistió en un encajado de piedras de tamaño medio delimitado en su perímetro de una o más hiladas de grandes piedras desbastadas por su cara externa (particularmente en sus lados Norte y Este) y sin formar muro al interior. Por su parte, la planta superior fue de menores proporciones, resultando su longitud inferior a los 5 m. y su anchura a los 3. Fue levantada directamente sobre el cuerpo inferior y podemos decir que su construcción, realizada igualmente a base de piedras de distinto tamaño, fue menos cuidada que la anterior. La altura total alcanzada por este túmulo 4 rebasa escasamente el metro. La ampliación de la excavación en este sector de la necrópolis, durante la campaña de 1989, reveló como aspecto constructivo de interés de este túmulo la presencia en su flanco sur de los restos (muy arrasados) de un posible muro con dirección E-W que muy bien podría haber rodeado esta estructura y conferirle un aspecto casi principesco (Millán Martínez, 1990: fig. 10; Mena Muñoz, 1990: fig. 7). A pesar de que esta sólida construcción apareció completamente vacía y sin ningún resto de cámara, cista o cualquier otro tipo de subestructura relacionado con ritos funerarios, en torno y sobre ella hasta el momento se han documentado, como quedó referido más arriba, 18 enterramientos. Estos, en su mayoría, responden a distintas variedades de cremaciones en urna (las más numerosas), "cremaciones *in situ*" (3) y sepulturas en hoyo (1).

El túmulo 5 (T5), a escasa distancia del anterior, estuvo constituido originariamente por un único cuerpo de planta más o menos cuadrada, orientado de NW a SE, cuyas dimensiones no llegan a los 3,5 m. de lado. Su construcción se realizó directamente sobre la roca y consistió en la delimitación mediante dos o tres hiladas de piedras de buen tamaño y un relleno interior de piedras y tierra, dispuesto en capas alternas muy bien definidas. Según se deduce de un gran derrumbe de piedras documentado en su flanco sur (el de mayor pendiente), consideramos que esta estructura pudo estar rematada, y por tanto gozar de mayor altura, por otro cuerpo constructivo cuya morfología y proporciones resultan ya imposible determinar. Bajo esta construcción y en una posición descentrada, se descubrieron los restos de una única cremación *in situ* realizada directamente sobre la roca y a la que apareció asociada como único ajuar un anillo de bronce y vaso de perfil quebrado decorado con bandas paralelas pintadas. Las 18 sepulturas registradas alrededor y sobre esta construcción responden básicamente a los tipos establecidos en el análisis del T4. Sin embargo, de entre ellas merecen especial atención dos que aparecieron adosadas respectivamente a las caras noroeste y sur oeste del cuerpo principal y cubiertas por un

empedrado de planta rectangular bastante bien definido en ambos casos. La primera de ellas, reconocida en nuestro registro como tumba IV, fue lamentablemente objeto de una expoliación que diezmó notablemente su documentación y análisis posterior. Pero, a pesar de todo, pudimos determinar que dicha tumba tipológicamente constituye un auténtico *bustum*, en el que se cremó y sepultó a una persona cuyos restos han sido parcialmente recuperados. Consistía en una fosa excavada cuidadosamente en la roca, completamente colmatada de carbón y cenizas, de planta rectangular y unas dimensiones de algo menos de 1,80 m. de longitud; 0,80 m. de anchura media y una profundidad variable que gira en torno a los 0,35 m. La mayor concentración de restos humanos se documentó hacia el centro de la fosa. Aparte de algunas cuentas de collar de pasta vítrea y algunos objetos de hierro posiblemente relacionados con el armazón del lecho funerario, como único ajuar pudimos recuperar los despojos dejados por los clandestinos de un ánfora que inicialmente apareció encajada en uno de los extremos de la tumba y de un pequeño vaso de cerámica común encontrado en su interior. Tras una laboriosa tarea de reconstrucción parcial de dichos recipientes, dado su estado de deterioro, no sin reservas contemplamos una correspondencia tipológica del ánfora con un perfil Dressel (IC ?), cuya presencia en el territorio peninsular durante la etapa romano-republicana parece estar ligada a una amplia difusión de los vinos campanos (Beltrán Lloris, 1990: 238). Por su parte y a pesar de su sencillez tipológica, el vaso globular de borde saliente y base plana podría asociarse al tipo 31 de Vegas (1973: 76-77), cuya cronología oscila entre el siglo I a. C. y época flavia. En nuestra opinión, esta tumba en su conjunto posee una especial significación por cuanto supone la introducción del *bustum* como nueva forma sepulcral, que acabaría imponiéndose de un modo rotundo en esta necrópolis durante el siglo I de la Era. Además, no es preciso insistir demasiado sobre el interés que dicho hallazgo conlleva en el contexto funerario de esta necrópolis y su relación posible con libaciones o exequias complementarias realizadas antes, durante o después de la cremación del difunto. En este sentido, mayor interés si cabe poseen los restos aparecidos bajo el otro empedrado adosado a T5 y que nosotros hemos identificado como tumba XVIII. Pendientes aún del análisis de los restos óseos recuperados, no descartamos la posibilidad de que, aparte de los pertenecientes al individuo incinerado in situ, existan otros correspondientes a animales consumidos durante una comida ritual según se desprende del gran volumen de cuencos y platos grises rotos de una forma intencionada (Fig.6). Tanto en la sepultura IV como en la XVIII, tras la cremación y los actos rituales, todo quedó sellado por sendos empedrados.

La construcción tumular núm. 6 (T6) se corresponde con un empedrado irregular que ocultó entre tierra y cenizas un espacio excavado en la roca en el que hasta el momento se han detectado cuatro cremaciones en urna en diferente estado de conservación. Dicho empedrado se localiza a escasos metros al este de T5 y sus proporciones finales aún están por determinar por encontrarse en fase de excavación. También en proceso de estudio se encuentra el denominado túmulo 7 (T7), que es de planta circular y cuyo diámetro medio es algo inferior a los 7 m. (6,70 m.) Se compone de una o dos hiladas de piedras de tamaño medio y su zona central está ocupada por una especie de cámara también circular de 2,50 m. de diámetro medio. Como posible acceso a este lugar interpretamos una interrupción bastante irregular que se abre al Este en el trazado del empedrado. Fue precisamente en esa pseudocámara central donde se hallaron cuatro cremaciones secundarias en urnas con sus ajuares respectivos. Estos básicamente consistían en otros

recipientes cerámicos colocados en posición inversa. Un *ustrinum*, en posible correspondencia con dichas cremaciones, apareció adosado al túmulo en su sector oeste. Aunque por el momento, ignoramos el tipo de cubrición de esta estructura e incluso si tuvo algún tipo de señalización exterior, no descartamos la posibilidad, en función del escaso material constructivo detectado en sus alrededores, de un túmulo de tierra hoy totalmente arrasado. Sea como fuere lo que parece estar bastante claro una vez más es su carácter colectivo.

Aparte de la mayor o menor espectacularidad que puedan ofrecer estas construcciones, sin duda, su mayor interés radica en los problemas interpretativos que su presencia en la Baja Extremadura plantean. Estos básicamente podrían resumirse en dos cuestiones: 1) la valoración del pasado cultural y sus pervivencias posibles; y 2) el análisis de las interrelaciones culturales que caracterizan el Hierro II en este espacio geográfico. Respecto al primero de estos puntos, no hemos de olvidar que la necrópolis de Hornachuelos, por su situación geográfica, queda plenamente integrada en la llamada Zona VI, o de Medellín y el Suroeste, establecida por Almagro Gorbea en su trabajo sobre los túmulos de Pajaroncillo (Almagro Gorbea, 1973). Como es de sobra conocido, en dicha zona se localizan, aparte de la necrópolis de Medellín, los cementerios tumulares del Algarve y Bajo Alentejo portugués (Alves Dias y otros, 1970; Beirao, 1986, etc.), en los que a veces aparecen asociadas a las construcciones tumulares estelas con inscripciones tartésicas. A pesar de que la presencia de éstas también está constatada en nuestra región (Almagro Gorbea, 1977; Berrocal, 1987), tan difícil nos resulta hoy por hoy afirmar o negar rotundamente las posibles relaciones entre las referidas necrópolis del Suroeste y los hallazgos de Hornachuelos, si bien hemos de reconocer que los contactos culturales entre ambas zonas fueron especialmente estrechos durante la Segunda Edad del Hierro según ponen de manifiesto otros materiales de los que trataremos más adelante (Rodríguez Díaz, 1989; Rodríguez Díaz y Berrocal Rangel, 1988).

En lo relativo a la segunda de las cuestiones planteadas, la referida a las interrelaciones culturales que tienen como escenario nuestra región durante época prerromana, hemos de recurrir nuevamente al argumento, narrado en las Fuentes y corroborado por el registro arqueológico, de la proyección de pueblos meseteños hacia el Sur aprovechando el fin de la hegemonía tartésica; pueblos, como ya dijimos anteriormente entre los que las construcciones tumulares poseen un amplio desarrollo y gozan de una gran tradición. Es en este sentido por el que, apoyándonos además en aspectos como el de la propia organización espacial de las necrópolis o la tipología de los ajuares que analizaremos de inmediato, nos inclinamos últimamente más al tratar de explicar globalmente la tipología tumular documentada en Hornachuelos. Sin embargo, retomando igualmente el carácter abierto de nuestra región durante toda su historia, hemos de referirnos en un sentido muy distinto a la estructura escalonada núm. 4 (T4) de nuestra necrópolis. Sabido es que estas construcciones escalonadas poseen sus mejores precedentes en el mundo mediterráneo (Almagro, 1973; Abad Casal, 1987) y que, en el territorio peninsular a distinta escala y salvando las distancias, forman parte importante entre los siglos V y el II-I a. C. del paisaje funerario de las necrópolis ibéricas (Cuadrado Díaz, 1981 y 1987; Blánquez Pérez, 1987 y 1990, etc.) En suma, son todos ellos aspectos que, dado el estado inicial de la investigación en este yacimiento bajoextremeño, no debemos perder de vista para su valoración final y necesariamente han de estar supe-

Tal como sucede en la Alta Extremadura, los ajuares asociados a estas sepulturas - cuando existen- resultan de pobre significación social y aún más escaso valor cronológico. Aparte del grupo formado por las urnas cinerarias y otros recipientes cerámicos de ofrendas, básicamente, consisten en objetos de adorno que el difunto portaba al ser incinerado. Entre éstos destacan una vez más las fibulas, fusayolas, pequeñas cuentas de collar, nazms de oro, aretes de bronce o hierro, etc. La ausencia de armas, por consiguiente, es prácticamente absoluta y sólo algunos regatones o restos muy deteriorados de una espada y de alguna punta de lanza pueden referirse en este sentido.

La cerámica en su práctica totalidad está realizada a torno y su calidad resulta mas bien mediocre. Las pastas están semidecantadas y la cocción oxidante es la que predomina, si bien -aunque bajo porcentaje están presentes las cerámicas grises. La tonalidad de la superficie externa de los recipientes oxidados oscila entre el anaranjado y el rojo oscuro. Las formas más habituales se corresponden con urnas de borde vuelto, perfil globular y pie indicado que reproducen fielmente los perfiles del tipo III de la cerámica hecha a torno, establecido por Cabré en la zona VI de La Osera (Cabré y otros, 1950: fig. 15); cuencos de casquete hemiesférico y platos de borde saliente de larga tradición orientalizante, pequeños vasitos de perfil quebrado o redondeado réplicas o versiones de algunas de las formas más características de la cerámica "ibérica fina" (Cuadrado, 1969 y 1972: tablas XII y XIII), etc. (Fig. 7). En su mayoría, son vasijas que carecen de decoración, si bien esporádicamente muestran los pequeños motivos estampillados de claros vínculos cogoteños (pequeñas rosetas, aspas, troquelados, series de SSS, etc.) y las bandas o sectores de círculos tan definidores del mundo andaluz (Fig. 8). Una vez más hemos de referirnos, finalmente, al grupo cada vez más nutrido de vasitos bitroncocónicos de engobe rojo tardío (forma 4 de Cuadrado) que nos insinúa posibles contactos directos con el Mundo Ibérico (Fig. 7: tumba XIX, 1).

La cerámica gris, a pesar de su escasa representación, mantiene su tónica de buena calidad en pastas y acabados y constituye, a buen seguro, uno de los últimos destellos de la tradición orientalizante. Sus perfiles nos remiten esencialmente a cuencos hemiesféricos de base anular y, en menor proporción, a urnas de suave perfil en S o de hombro levemente marcado que, a veces, se decoraron con pequeños motivos estampillados. Resulta evidente, por tanto, el alejamiento formal de estas vasijas de las que en contextos de los siglos VII al V a. C. se generalizaron en nuestra propia región (Almagro Gorbea, 1977; Lorrio Alvarado, 1988-89). Pero es, sin duda, la orfebrería la que a través de pequeñas arracadas o placas como las de Segura de León (Enríquez y Rodríguez, 1985) nos ofrece el mejor ejemplo de un pasado en declive pero aún latente, que conoce la reinterpretación e incluso la adopción de nuevos convencionalismos propios de modelos celtas (Berrocal Rangel, 1989). En este mismo sentido, han de valorarse también las cada vez más numerosas fibulas de La Téne recuperadas no sólo en esta necrópolis sino en otros muchos yacimientos bajoextremeños y que concuerdan perfectamente dentro del esquema general de discontinuidad cultural que supone el Hierro II respecto al Período Orientalizante. Concretamente, las de Hornachuelos responden en su práctica totalidad a la variante A.1 del Modelo 8 (fibulas de La Téne) propuesto recientemente por Argente (1990) en su estudio sobre las fibulas en las necrópolis celtibéricas y cuya cronología sitúa entre fines del siglo V y el siglo II-I a. C. En su conjunto, la valoración tipológica global de estos materiales nos sitúa en un período cronológico que

muy bien podría comprenderse entre los momentos finales del siglo III a. C. y el cambio de Era y que ha podido ser contrastado a través de una amplia sucesión estratigráfica obtenida recientemente en un foso defensivo del poblado (Rodríguez Díaz, e.p.)

No podríamos concluir la visión de esta necrópolis de Hornachuelos sin referirnos, aunque sea de forma muy breve, al conjunto de tumbas romanas (hasta ahora, unas 15) que prolongan la utilización de este espacio funerario hasta al menos el siglo I d. C. y que, en un sentido más amplio, supone un signo más del *continuum* cultural que caracteriza este período. Se trata de auténticos *busta* o fosas excavadas en la roca en las que se llevó a cabo la cremación y posterior cubrición de los restos resultantes con tierra y piedras de diferente tamaño (Bendala Galán, 1976). Contrariamente a la pobreza del ajuar que definía las tumbas asociadas a los túmulos, en estas nuevas sepulturas las ofrendas resultan muy abundantes y cronológicamente nos remiten ya a época imperial romana. Vidrios, sigillatas, paredes finas, cerámicas comunes, armas, etc. forman parte de un tipo de tumba que, sin duda alguna, subrayó la personalidad y prestancia del difunto y desplazó definitivamente el carácter colectivo e igualitario dominante en una etapa inmediatamente anterior. Todos estos elementos se depositaron en la tumba una vez concluida la cremación y, en ocasiones, se protegieron con piedras y/o *tegulae* a dos aguas, pero sin constituir las habituales tumbas de *tegulae* romanas (Fig. 9) (Rodríguez Díaz, e.p.)

A pesar de su carácter tardío y la presencia creciente de objetos romanos, entendemos que la necrópolis de Hornachuelos ha de valorarse globalmente, dentro de la confusión e incertidumbre que genera el gran vacío informativo existente sobre el mundo funerario en toda la Hispania Republicana, como un conjunto funerario de componente esencialmente indígena a través del cual una vez más se puede rastrear el rasgo cultural más definidor de esta región durante la Segunda Edad del Hierro: la convivencia junto a una atenuada tradición orientalizante de elementos de clara raigambre meseteña, y más concretamente de Cogotas II, (cerámicas estampilladas, fibulas de La Téne) y materiales de filiación ibero-turdetana (cerámicas pintadas y de barniz rojo tardío). En este último grupo, también cabría integrar la estructura tumular escalonada (T4) excavada en 1986. Posiblemente en toda esta interrelación de elementos de tan diverso signo podría residir la verdadera entidad y personalidad de lo túrdulo frente a lo esencialmente meridional o meseteño. Como hemos podido comprobar, las tumbas romanas se apartan de esa tradición cultural y dejan entrever otros vínculos, pero no supusieron en ningún momento el fin súbito las costumbres funerarias indígenas y no será hasta bien entrada la Era cuando se materialicen las nuevas formas de vida y de muerte en esta región.

También en la Baja Extremadura, pero en una zona próxima a la serranía onubense y en un espacio plenamente integrado en la denominada "Beturia Céltica" (Del Amo, 1978; Pérez Macías, 1990), se sitúan los hallazgos del Cantamento de la Pepina (Rodríguez Díaz y Berrocal Rangel, 1988; Berrocal Rangel, 1990). La mayor parte del material referido fue recogido de superficie, en una zona próxima al poblado, tras la actuación de varios clandestinos, a quienes también les fueron retenidas numerosas piezas. La presencia de cenizas y algunos restos óseos indeterminados junto a desdibujados empedrados y a la propia topografía del lugar nos indujeron a valorar esta zona como una posible necrópolis.

Entre los restos recuperados, aparte de las cerámicas a torno pintadas y grises que una vez más nos remiten a contactos con el sur peninsular y al pasado orientalizante de esta región, destaca particularmente el grupo de las cerámicas modeladas, lisas o decoradas con motivos inciso-impresos, aplicados y estampillados. Con pastas de muy diversa calidad y acabado, se realizaron escudillas de perfil troncocónico, cuencos semiesféricos, vasos de paredes entrantes, de perfil en S y globular y, como grupo independiente, los vasos calados o “quemadores” (Fig. 10). A distinta altura pero siempre en la superficie externa de estos recipientes se desarrollaron ziz-zags, pequeñas impresiones, triángulos, espigas, impresiones a peine, unguilaciones, cordones aplicados e incluso pequeños motivos estampillados realizados con matrices muy simples. Sin infravalorar los resabios cogoteños de estos materiales, sus paralelismos morfológicos y decorativos más próximos nos llevan al sur de Portugal, y más concretamente al depósito votivo de Garvao (Beirao y otros, 1985) inscrito en el llamado *Ferro II Continental* coetáneo de Cogotas II. Estos elementos también parecen estar en clara conexión con los recuperados en torno a los años 50 por A. Viana y A. Dias (1950) en las denominadas por ellos mismos “necrópolis céltico-romanas del concejo de Elvas” y con los más recientes y cada vez más numerosos hallazgos del sector suroccidental de la provincia de Badajoz (Rodríguez Díaz, 1990). En su conjunto, dichos elementos parecen estar configurándose como una de las singularidades de un área o subgrupo cultural con una personalidad indiscutible e identificable con los “célticos” de la Beturia (Rodríguez Díaz, 1987 y 1989; Berrocal Rangel, 1988). Se trata de materiales que hoy pensamos carecen de antecedentes directos en nuestra región y, en general en el Suroeste, y que, sin embargo, derivan de las principales tradiciones cerámicas de la Meseta que se revitalizaron con especial fuerza y entidad durante el Hierro II en el Alto y Medio Duero (Wattenberg, 1963: láms. III-V; Abásolo Álvarez y Ruiz Vélez, 1979; Abásolo y otros, 1983; Barrio Martín, 1988: 402; Sacristán, 1986, etc.) La posibilidad de contactos entre zonas tan alejadas entre sí, a la luz de los testimonios escritos, no resulta totalmente descabellada y no hace más que fortalecer la hipótesis de una procedencia diversa de los pueblos “celtíberos” (Almagro Gorbea, 1990b) que, aprovechando el fin de la supremacía tartésica, se proyectaron a partir del siglo V-IV a. C. hacia el Sur dando origen y desarrollo a la ya referida “Beturia Céltica” (Plinio, N.H. III, 13). Los contactos de esta zona, aparentemente tan aislada, con el Mundo Ibérico parecen confirmarse a través del hallazgo de diversas piezas cerámicas y de armamento (entre ellas destaca una falcata) en el castro de Capote de Higuera la Real que permanecen aún inéditas. Desde el punto de vista arqueológico, será preciso calibrar más estos sugerentes planteamientos a través de las investigaciones que se desarrollan en esta zona.

Una valoración final de las costumbres funerarias dominantes durante el Hierro II en el Valle Medio del Guadiana, extensible también al Tajo Medio, pasa de forma obligada por insistir una vez más en el carácter tan provisional que dicha visión posee al estar extraída de tan reducido número de lugares conocidos parcialmente. A pesar de ello, los datos que dichos yacimientos nos ofrecen dejan entrever ciertos matices culturales diferenciadores (en modo alguno puede hablarse de fuertes contrastes estructurales interregionales) en la conjunción de influjos meseteños diversos y elementos procedentes del núcleo turdetano y probablemente aunque con desigual intensidad de otros grupos ibéricos de la Alta Andalucía e incluso del Sureste. En suma, el eclipse del pasado orientalizante.

BIBLIOGRAFIA.

- AA.VV.(1987): *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén, 1985.
- ABAD CASAL, L.(1987): "La Cultura Ibérica". *Historia General de España y América*, I-2. Madrid.171-223.
- ABASOLO ALVAREZ, J. A. y RUIZ, I. (1979): "Un conjunto arqueológico de Ubierta. Contribución al estudio de la Edad del Hierro en la Meseta Norte". *BSAA*, XLV. 168-188.
- ABASOLO ALVAREZ, J. A., RUIZ, I. y PEREZ, F. (1983): "Castrojeriz, I. El vertedero de la Colegiata". *NAH*, 17. 191-319.
- ALBERTOS FIRMAT, M. L. (1975): "Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua". *Studia Archaeologica*, 37.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966): "Las estelas decoradas del Suroeste peninsular". *BPH*, VIII. Madrid.
- (1972): "los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León)". *TP*, 29.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1973): "Los Campos de Túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica". *EAE*, 83.
- (1977): "El Bronce Final y el Período Orientalizante". *BPH*, XIV. Madrid.
- (1990a): "El Período Orientalizante en Extremadura". *La Cultura tartésica y Extremadura*. Mérida.
- (1990b): "Segunda Edad del Hierro". En AA.VV.: *Historia de España I. Desde la Prehistoria hasta la conquista romana (S.III a.C.)*. Ed.: Planeta. Barcelona
- ALMAGRO GORBEA, M. y DEL AMO DE LA HERA, M. (1985): "Bronces ibéricos en Extremadura". *Homenaje a Cánovas Pesini*. Badajoz.
- ALMAGRO GORBEA, M. y DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89): "El Palacio de Cancho Roano: paralelos arquitectónicos y funcionales". *Zephyrus*, XLI-XLII.
- ALMAGRO GORBEA, M., DOMINGUEZ DE LA CONCHA, A. y LOPEZ AMBITE, F. (1990): "Cancho Roano, un palacio orientalizante en la Península Ibérica". *MM*, 31.
- ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO ALVARADO, A. (1987): "La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica". *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza.
- ALVAREZ ROJAS, A. y GIL MONTES, J. (1988): "Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el Ier. milenio a. C. en Extremadura". *Trabajos de Prehistoria*, 45. 305-316.
- ALVES DIAS, M., BEIRAO, C. e COELHO, L. (1970): "Duas necrópolis da Idade do Ferro no Baixo-Alentejo: Ourique (Noticia preliminar)". *O Arqueólogo Português*, Serie III, IV. 175-219.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1990): "Las fíbulas en las necrópolis celtibéricas". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 247-266.
- ARNAUD, J. e JUDICE GAMITO, T. (1974-77): "Cerámicas estampilhadas da Idade do Ferro no sul de Portugal. I. Cabeza de Vaíamonte-Monforte". *O Arqueólogo Português*, VII-IX. 165-200.
- BARCELO, J. A. (1989): "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica". *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- BARRIO MARTIN, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas (Cuéllar, Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia.
- BEIRAO, C. M. (1986): *Une civilisation protohistorique du Sud de Portugal (1er. Age du Fer)*. París.
- BEIRAO, C. M., TAVARES, C., SOARES, J. VARELA, M. y VARELA, R.(1985): "Depósito votivo de II Idade do Ferro de Garvao. Noticia da primeira campanha de escava soes". *O Arqueólogo Português*, 3. Serie IV. 45-135.
- BELTRAN LLORIS, M. (1990): *Guía de la cerámica romana*. Zaragoza.
- BENDALA GALAN, M. (1976): *La necrópolis romana de Carmona*. Sevilla.
- (1977): "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos". *Habis*, 8.
- BERROCAL RANGEL, L. (1987): "La losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz)". *Archivo Español de Arqueología*, 60.
- (1988): *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica), I. Serie Nertobriguense, I. Fregenal de la Sierra*.
- (1989): "Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental". *TP*, 46. 279-291.

- (1990): "Materiales cerámicos a mano de una necrópolis nertobriguense (EL Cantamento de la Pepina, Badajoz)". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 311-316.
- BLANQUEZ PEREZ, J. J. (1990): *La formación del Mundo Ibérico en el Sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*. Albacete.
- BLASCO BOSQUED, C. (1987): "La España celtibérica: La Segunda Edad del Hierro en la Meseta". *Historia General de España y América*, I-2. Madrid. 297-327.
- (1989): "El fenómeno céltico". *Los celtas en el Valle Medio del Ebro*. Zaragoza. 15-38.
- BUENO RAMIREZ, P (1990): "Statues menhirs et styles anthropomorphes de la Péninsule Ibérique". *L'Anthropologie*, 94. París.
- CABRE AGUILO, J. (1930): "Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). I, El Castro". *MJSEA.*, 110. Madrid.
- (1932): "Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). II, La Necrópolis". *MJSEA.*, 120.
- CABRE, J., CABRE DE MORAN, E. y MOLINERO, A. (1950): "El castro y necrópolis del Hierro céltico de Chamartín la Sierra (Avila). *AAH.*, V. Madrid.
- CELESTINO PEREZ, S. (1990): "Las estelas decoradas del Sur peninsular". *La Cultura tartésica y Extremadura*. Mérida.
- CELESTINO PEREZ, S. y JIMENEZ AVILA, F. J. (e.p.): *Excavaciones en el Palacio-Santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)*. El sector Norte. Mérida. Agradecemos a los autores su consulta.
- CERDEÑO, M. L. (1981): "Sigüenza: Enterramientos tumulares de la Meseta Oriental". *NAH.*, 11. 189-208.
- CUADRADO DIAZ, E. (1969): Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico". *I Symposium de Prehistoria Peninsular*. 257-291.
- (1972): "Tipología de la cerámica ibérica fina de El Cigarralejo (Mula, Murcia)". *Trabajos de Prehistoria*, 29. 125-187.
- (1981): "Las necrópolis peninsulares en la Baja Epoca de la Cultura Ibérica". *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. Madrid, 1979. 51-72.
- (1987): "La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)". *BPH.*, XXIII. Madrid.
- CURADO, F. P. (1984): "Uma nova estela do Bronze Final na Beira Alta (Bara al, Sabugal-Guarda)". *Arqueología*, 9. Porto.
- DEL AMO Y DE LA HERA, M. (1978): "El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva". *Huelva Arqueológica*, IV. 299-340.
- DOMINGUEZ DE LA CONCHA, C. (1985): "Materiales orientalizantes de Campo Viejo. Almendralejo (Badajoz)". *Homenaje a Cánovas Pesini*. Badajoz.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A. (1983): "Los términos Iberia e Iberos en las fuentes grecolatinas: Estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación". *Lucentum*, II. 203-224.
- ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J. (1981): "Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz". *Rev. de Estudios Extremeños*, XXXVII, I. 47-56.
- (e.p.): "Los restos de la necrópolis de la desembocadura del río Aljucén dentro del contexto orientalizante extremeño". *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Cáceres, abril de 1991.
- ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J. y DOMINGUEZ DE LA CONCHA, C. (1991): "Restos de una necrópolis orientalizante en la desembocadura del río Aljucén (Mérida, Badajoz)". *Saguntum*, 24. 35-52.
- ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J. y RODRIGUEZ DIAZ, A. (1985): *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Mérida.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1986): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*. Tesis Doctoral. Ed. microfichas. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- (1989): "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida". *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., BELEN DE AMOS, M. y BOZZINO, M. I. (e.p.): "El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I, Análisis de la documentación". *Trabajos de Prehistoria*. Agradecemos a los autores su consulta.
- ESTEBAN ORTEGA, J., SANCHEZ ABAL, J. L. y FERNANDEZ CORRALES, J. M.

- (1988): *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Mérida-Cáceres.
- FERNANDEZ GOMEZ, F.(198): *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda, I y II*. Avila.
- FERNANDEZ OCHOA, C. (1987): "Los pueblos prerromanos de la fachada atlántica: lusitanos y célticos". *Historia General de España y América, I-2*. 331-354. Madrid.
- GARCIA DE LA HUERTA, R. y ANTONA DEL VAL, A. (1986): "La Yunta, una necrópolis celtibérica de Guadalajara". *Rev. de Arqueología, 59*. 36-47.
- GARCIA-GELABERT PEREZ, M. P. y BLAZQUEZ MARTINEZ, J. M. (1988): *Cástulo (Jaén, España). I, Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas (siglo IV a. C.)* BAR International Series 425.
- GARCIA-HOZ ROSALES, C. y ALVAREZ ROJAS, A. (e.p.): "El Torrejón de Abajo, Cáceres". *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Cáceres, abril de 1991.
- GARCIA IGLESIAS, L. (1971): "La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua". *AEA, 44*. 86-108.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1988): "La necrópolis de San Martín de Ucero (Soria)". *Celtíberos*. Zaragoza. 73-80.
- (1990): "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 13-38.
- GARCIA-SOTO, E. y DE LA ROSA, R. (1990): "Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 305-310.
- GIL-MASCARELL, M., RODRIGUEZ DIAZ, A. y ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J.(1986): "Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura". *Saguntum, 20*.
- GONZALEZ, A., HERNANDEZ, M., CASTILLO, J. y TORRES, N. (1990): "Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura". *Studia Zamorensia, XI*. 129-160.
- GONZALEZ WAGNER, C. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *AEA, 56*.
- HARRISON, R. J. (1977): "A late Bronze Age Group from Mérida, prov. Badajoz". *Madridier Mitteilungen, 18*.
- HERNANDEZ HERNANDEZ, F.(1981): "Cerámica con decoración a peine". *Trabajos de Prehistoria, 38*. 317-326.
- (e.p.): "La necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)". *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Cáceres, Abril de 1990. Agradecemos la deferencia de la autora de permitirnos la consulta de datos todavía inéditos.
- HERNANDEZ HERNANDEZ, F., RODRIGUEZ LOPEZ, M. D. y SANCHEZ SANCHEZ, A.(1989): *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.
- HURTADO PEREZ, V. (1985): "Excavación de una tumba circular en Guadajira (Badajoz)". *Homenaje a Cánovas Pesini*. Badajoz.
- KURTZ SCHAEFER, W. S. (1987): *La Necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. BAR Internat. Series 344
- LORRIO ALVARADO, A. (1988-89): "Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)". *Zephyrus, XLI-XLII*. 283-314.
- (1990): "La Mercadera (Soria): Organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 39-50.
- MAIA, M. (1985): "Celtici e turduli nas fontes classicas". *Actas III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*. Lisboa, 1980. Salamanca. 165-177.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1981): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)*. Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. y AUBET SEMLER, M. E.: *Andalucía y Extremadura. PIP*. Barcelona. 225-409.
- MALUQUER DE MOTES, J., CELESTINO PEREZ, S., GARCIA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, III*. 1983-1986. Barcelona.
- MARTIN VALLS, R. (1985): "Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas". *La Prehistoria del Valle del Duero, I*. Valladolid. 104-131.
- (1986-87): "La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización". *Zephyrus, XXXIX-XL*. 59-86.
- MENA MUÑOZ, P. (1990): "Necrópolis de la Edad del Hierro en Cuenca y norte de Albacete". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Zaragoza. 183-196.

- MILLAN MARTINEZ, J. M. (1990): "Una necrópolis tumular en Cuenca: Alconchel". *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza. 197-202.
- PEREZ MACIAS, A. (1990): *Castañuelo, los orígenes de la Baeturia Céltica*. Museo Arqueológico de Huelva. Huelva.
- REDONDO RODRIGUEZ, J. A. (1985): "Restos de la antigua ordenación social y territorial: las gentilidades vettonas en la provincia de Cáceres". *Norba*, 6. 29-42.
- (1987): *Protohistoria y Romanización de la Regio Turgaliensis*. Tesis Doctoral inédita. Cáceres.
- RODRIGUEZ DIAZ, A. (1989): "La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento". *Saguntum*, 22. 165-224.
- (1990): "Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura". *La Cultura Tanesca y Extremadura*. Mérida. 127-162.
- (1991): *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña de 1987*. Mérida.
- (e.p.): "Proyecto Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz): 1986-1990". *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Cáceres, abril de 1991.
- RODRIGUEZ DIAZ, A. y BERROCAL RANGEL, L. (1988): "Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz)". *CuPAUAM*, 15. 215-252.
- RIVERO DE LA HIGUERA, C. (1974): "Cerámicas ibéricas del castro de la Plaza del Tercio (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)". *Zephyrus*, XXV. 351-379.
- RUIZ DELGADO, M. M. (1989): "Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías". *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- RUIZ GALVEZ, M. (1987): "Bronce Atlántico y <cultura del Bronce Atlántico> en la Península Ibérica". *TP*, 44.
- (1989): "La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación". *El oro en la España prerromana. Extra Rev. Arqueología*.
- SALINAS DE FRIAS, M. (1986): *La organización tribal de los vettones*. Salamanca.
- SACRISTAN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SEVILLANO, M. C. (1982): "Un nuevo hallazgo en Extremadura: el ídolo estela de El Cerezal". *Zephyrus*, 54-55.
- SCHULE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*. Barcelona.
- VIANA, A. y DIAS DE DEUS, A. (1950): "Necrópolis céltico-romanas del concejo de Elvas (Portugal)". *AEA*, XXIII. 229-253.
- WATTENBERG, F. (1963): "Las cerámicas indígenas de Numancia". *BPH*, IV. Madrid.
- (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*. Valladolid.

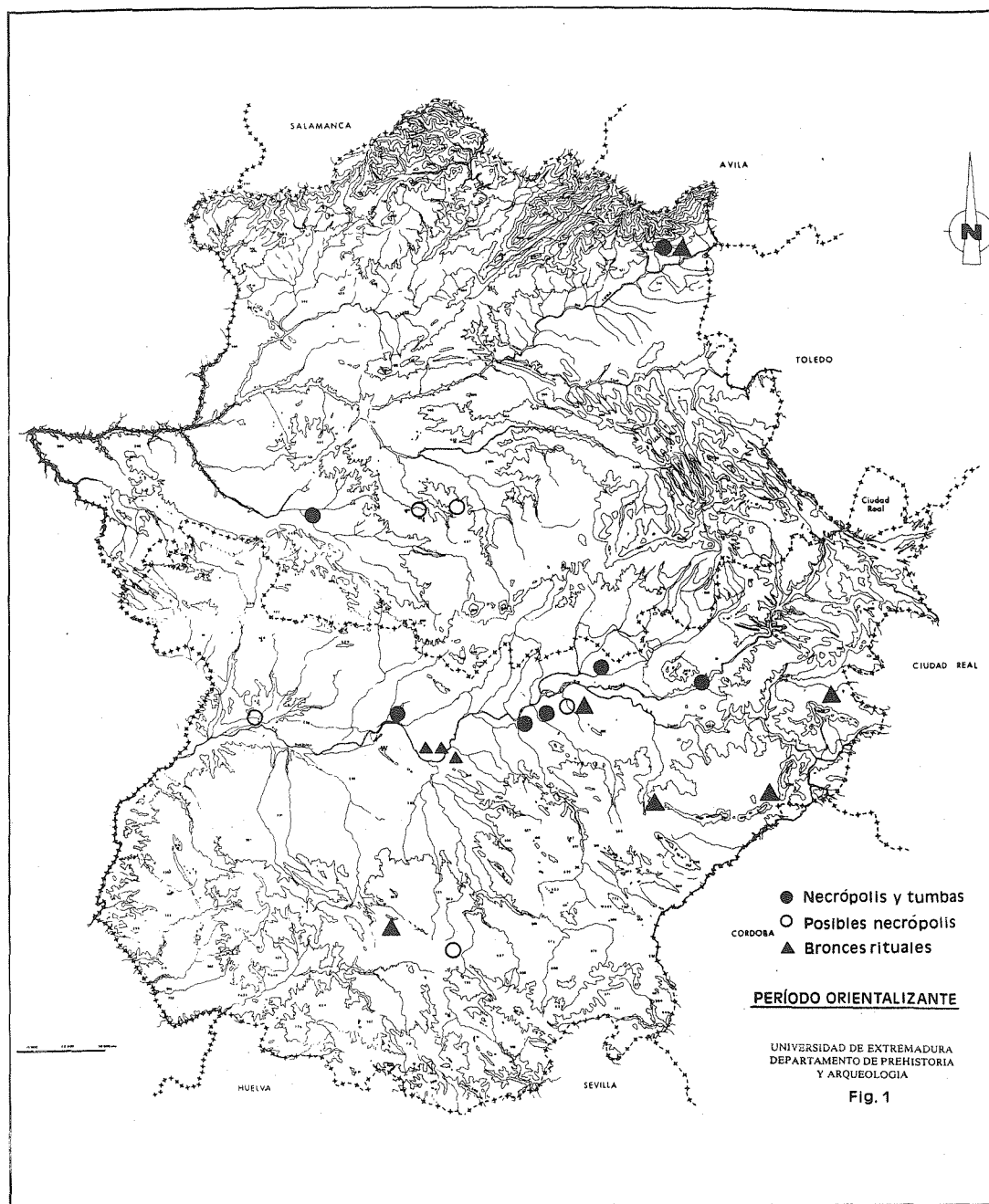


Figura 1. Mapa distribución de yacimientos del Período orientalizante.

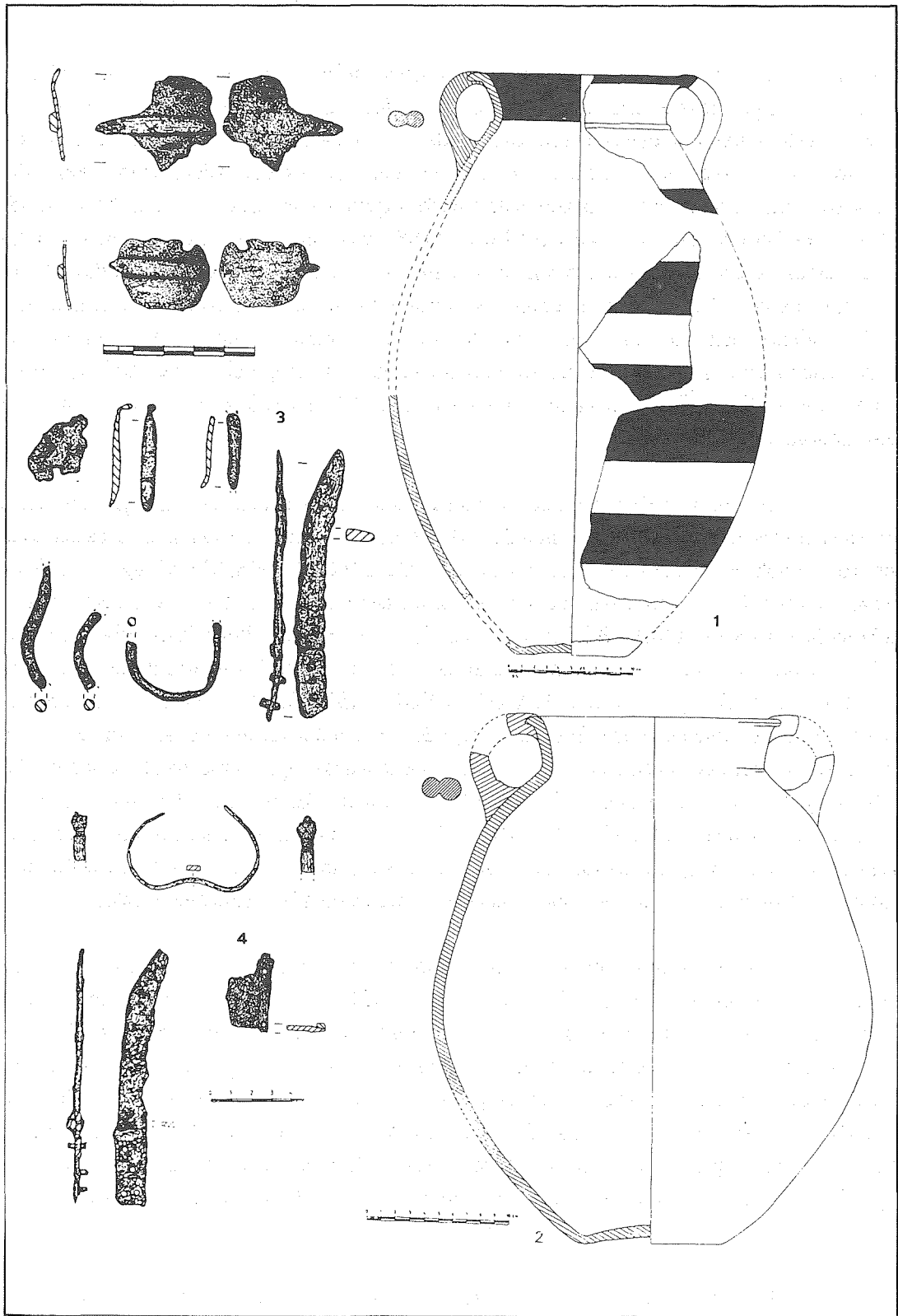


Figura 2. Ajuares diversos de la necrópolis orientalizante de la desembocadura del río Aljucén.

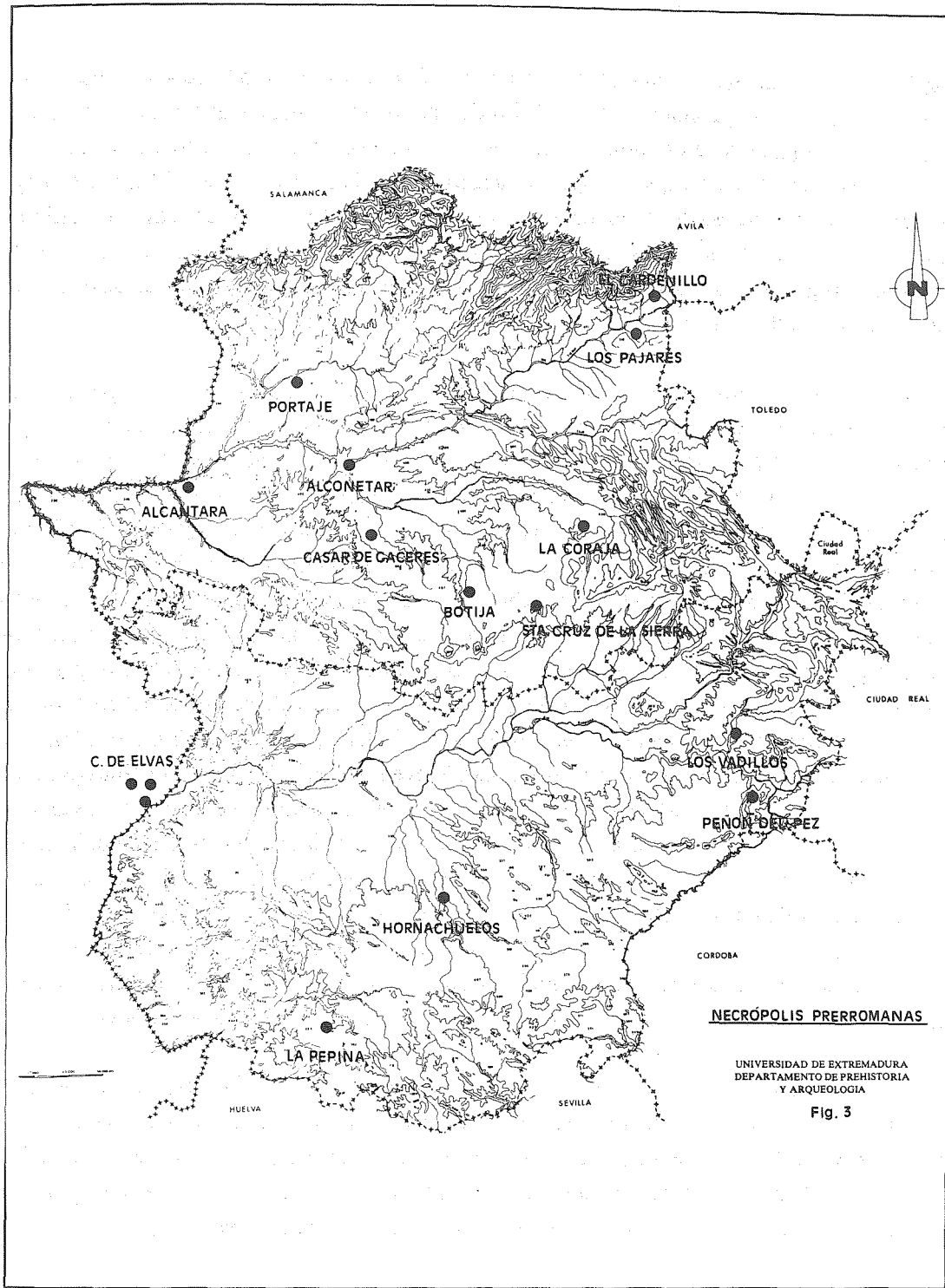


Figura 3. Mapa distribución necrópolis preromanas.

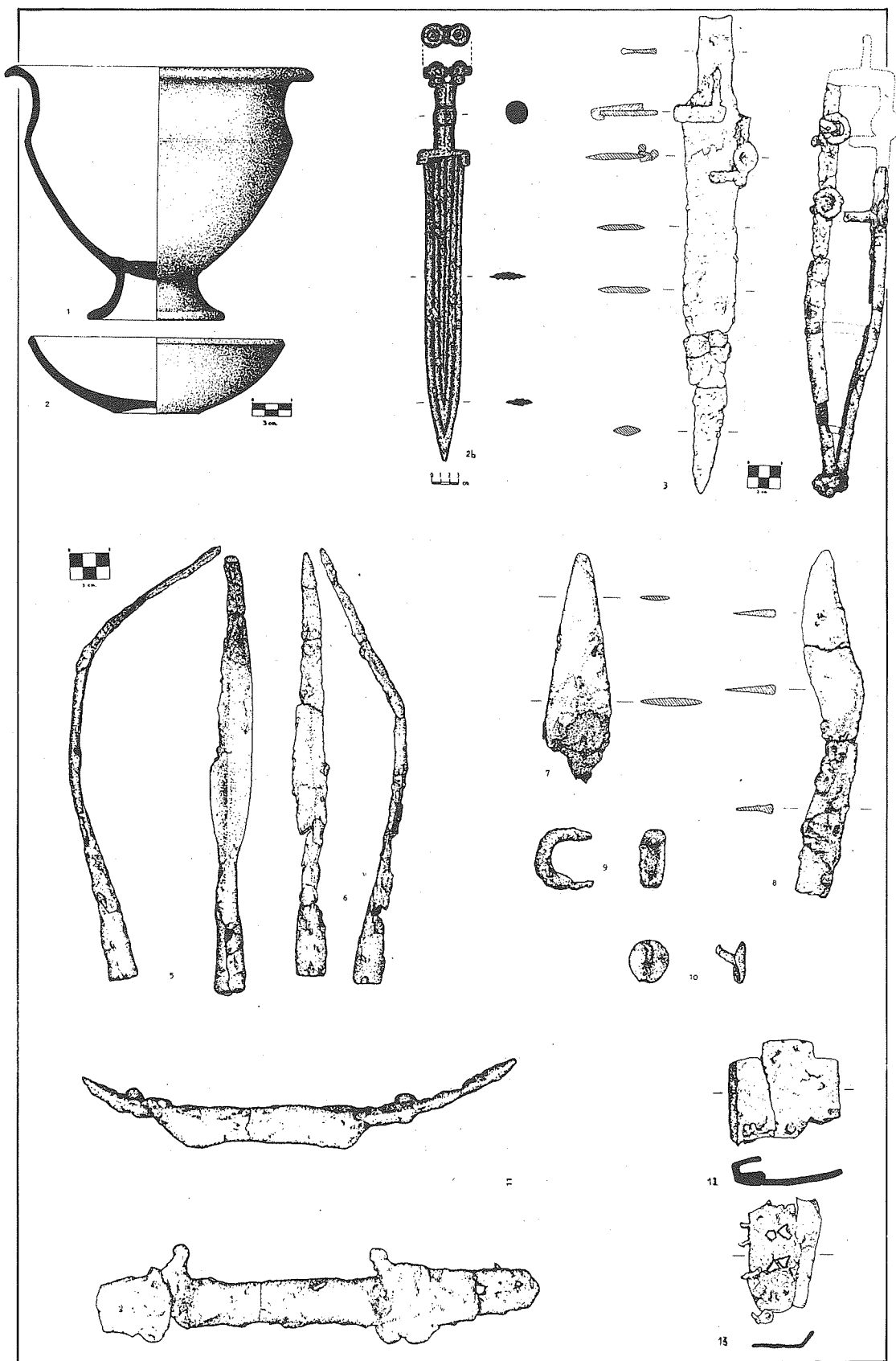


Figura 4. Necrópolis de Alcántara (Cáceres). Materiales diversos (s. Sánchez Albal y otros, 1988).

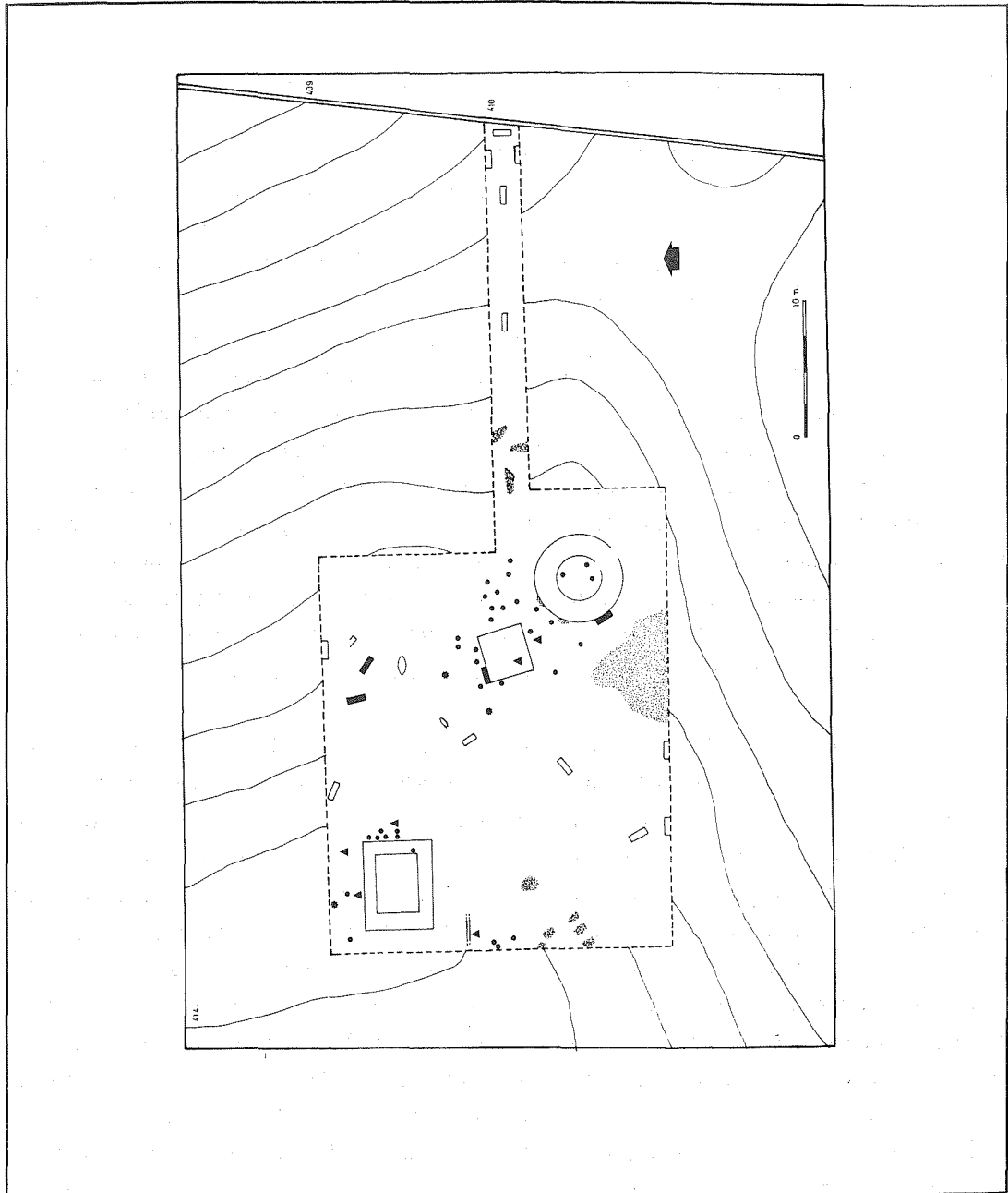


Figura 5. Croquis del área excavada en la necrópolis de Hornachuelos.

H88. T5-Tb.XVIII

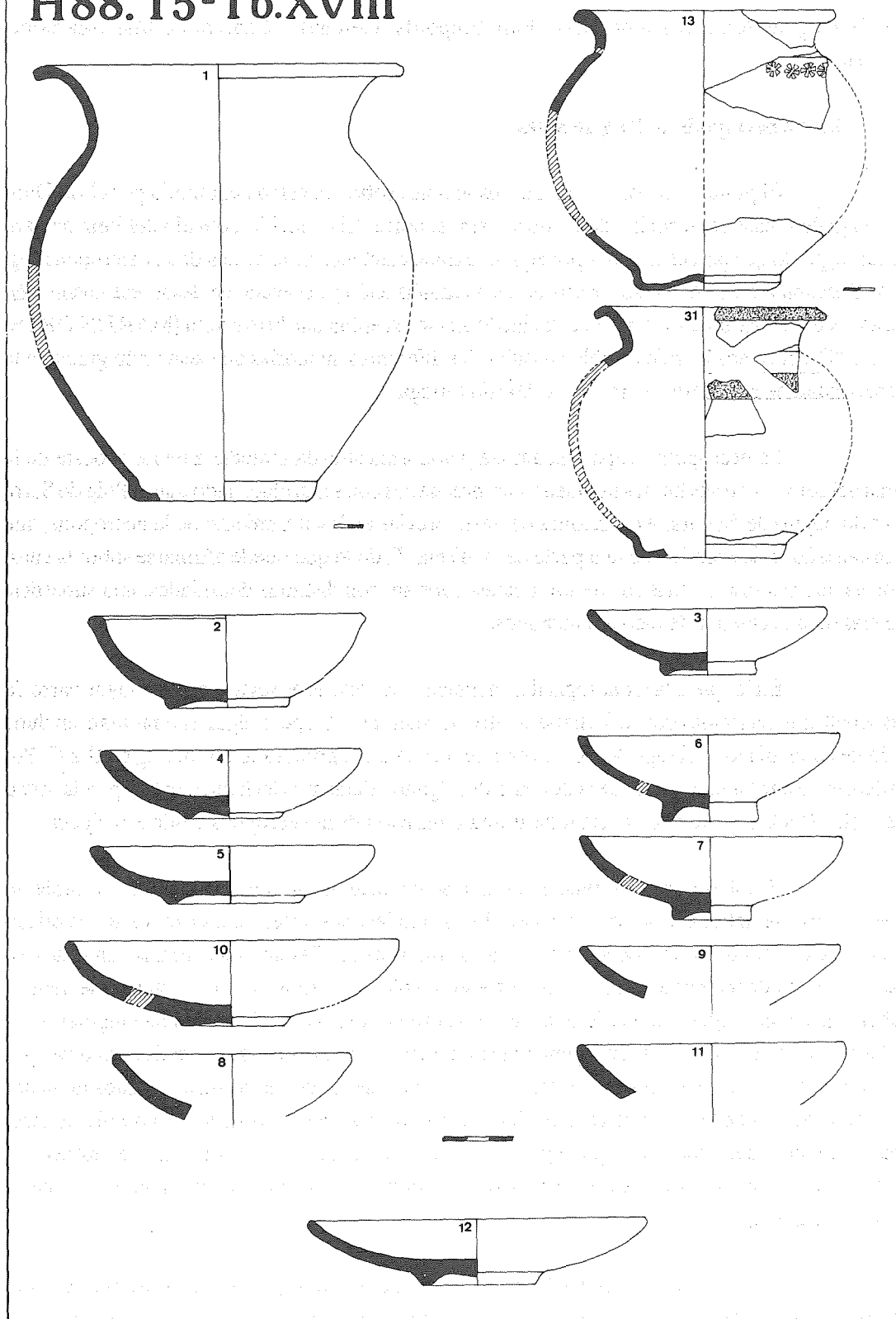


Figura 6. Cerámicas número 1, 13 y 31 de Corción oxidante; números 2 al 11 grises; número 12 común romana.

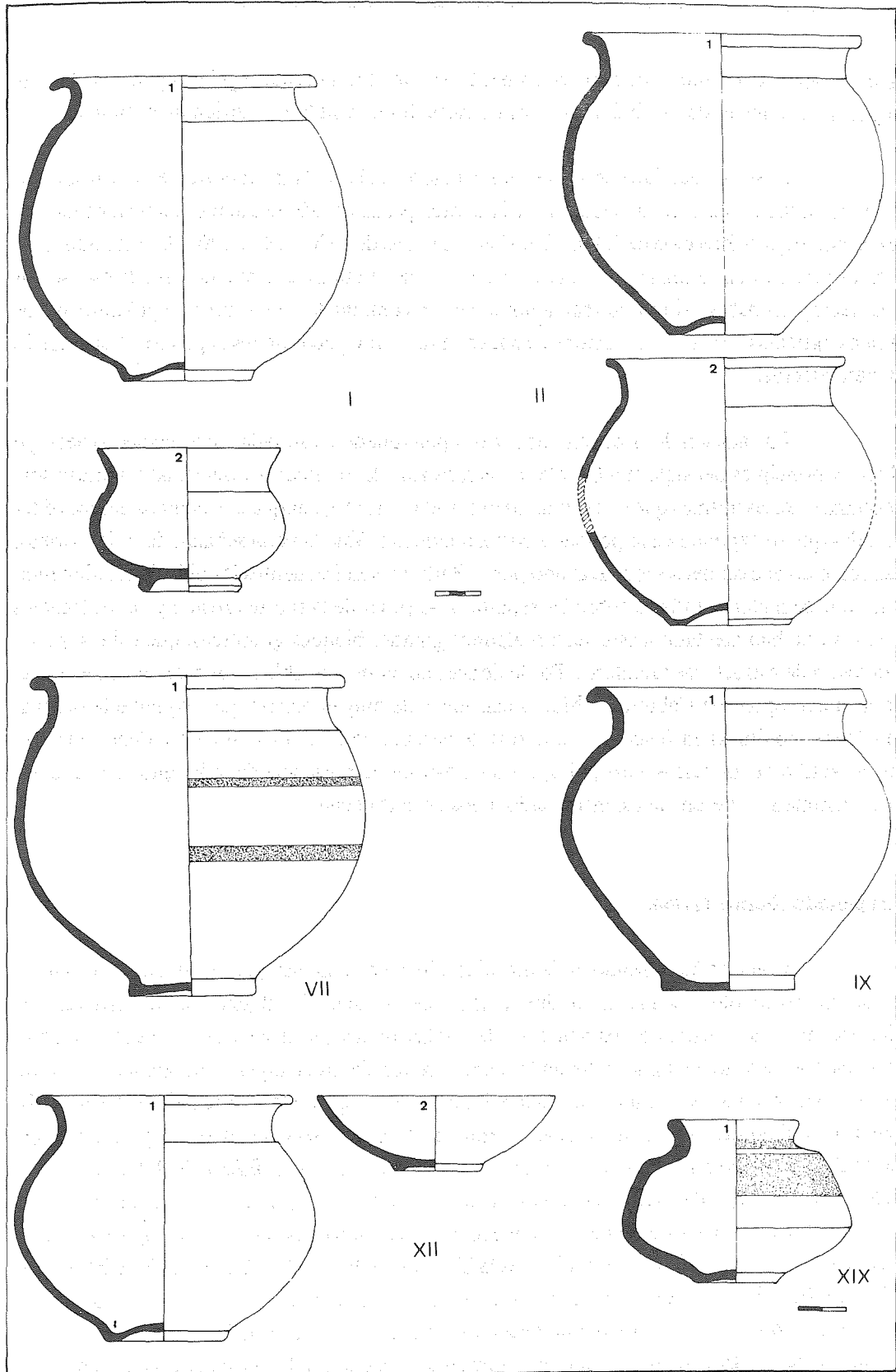


Figura 7. Hornachuelos. Material cerámico de algunas tumbas asociadas a T5.

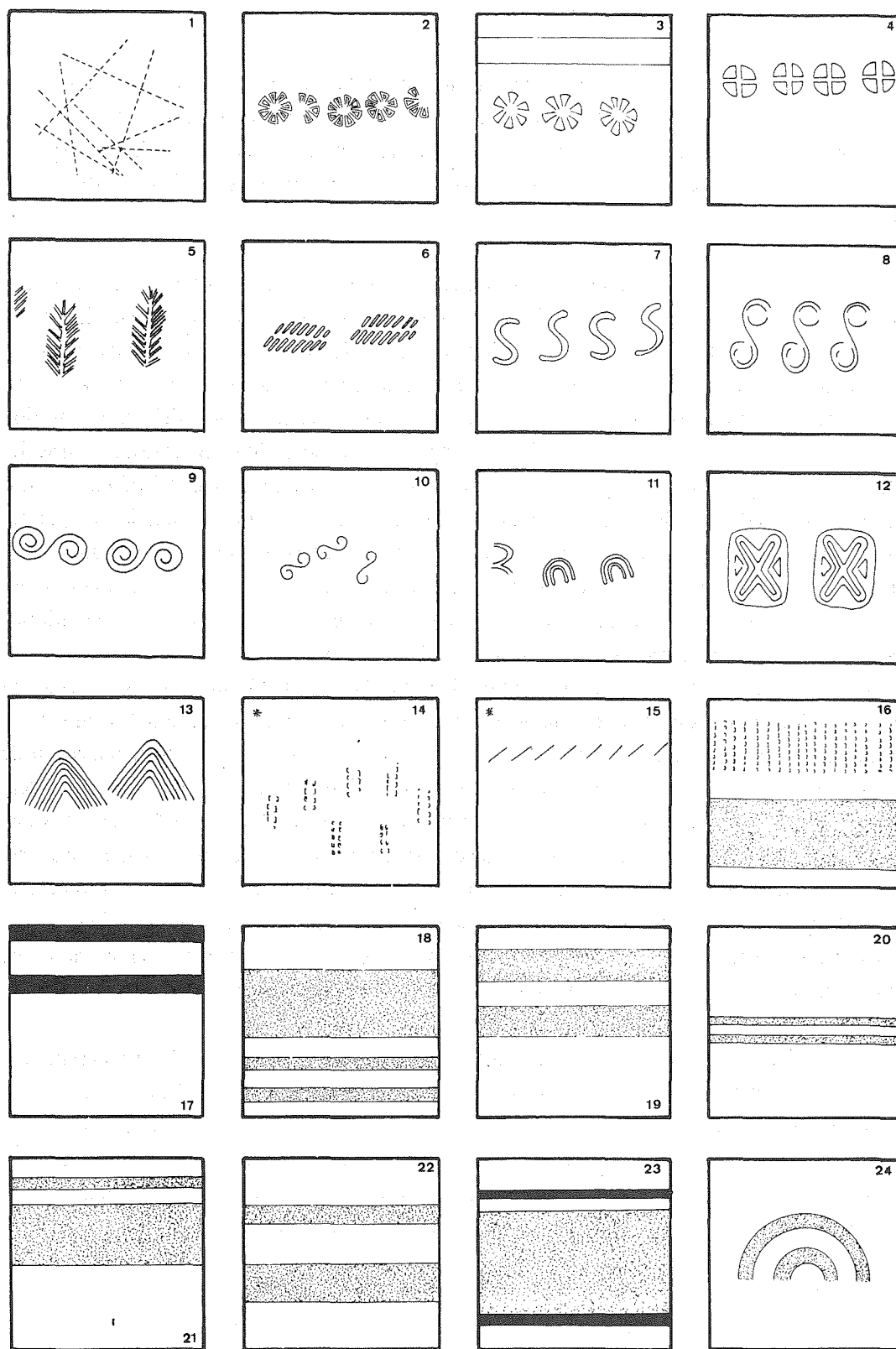


Figura 8. Tabla de motivos decorativos de la cerámica de Hornachuelos (1986-1990) (*) grises.

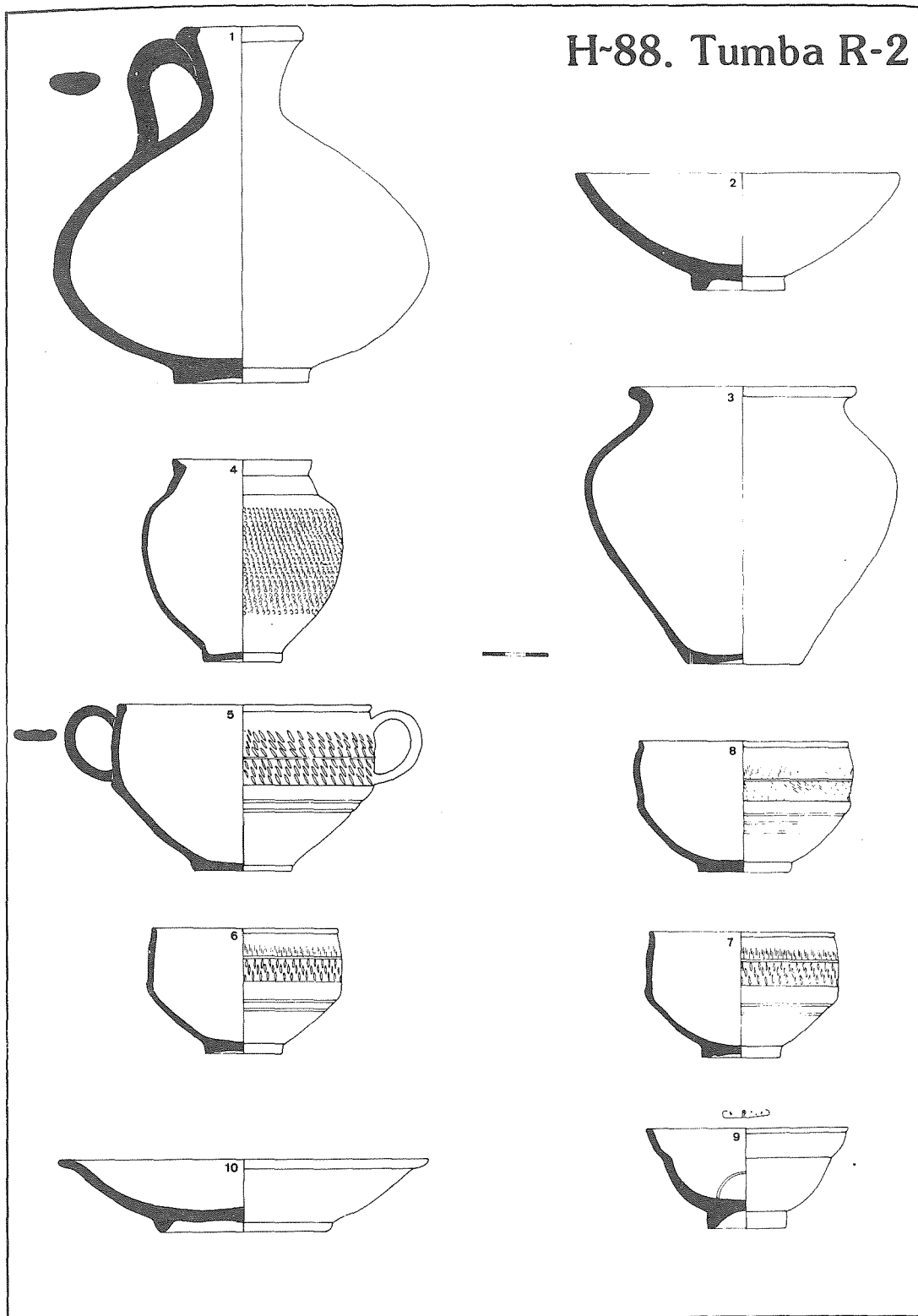


Figura 9. Cerámicas romanas de Hornachuelos (según A. Rodríguez).

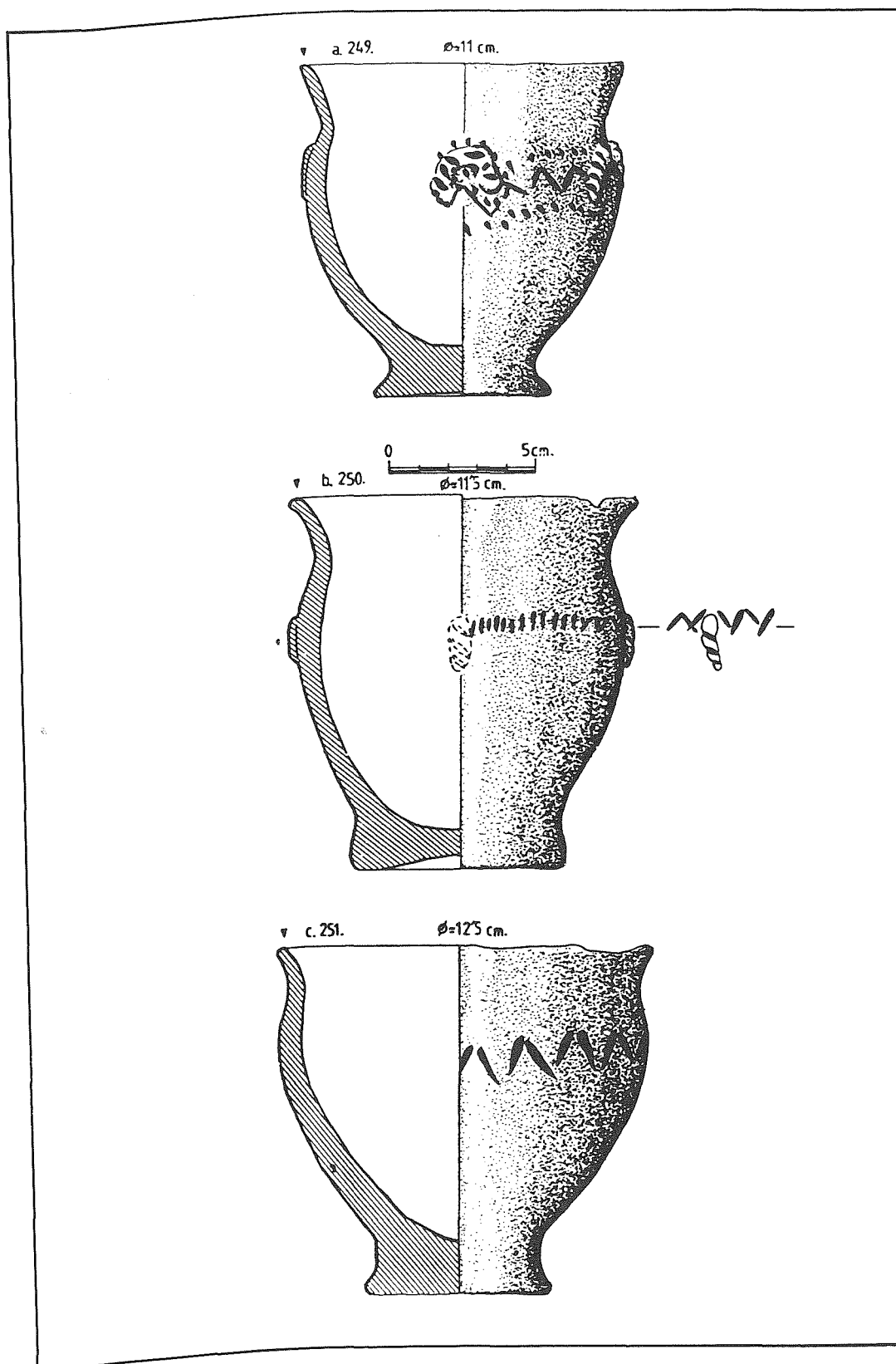


Figura 10. Cerámicas a mano de La Pepina (s. Rodríguez y Berrocal, 1988).